

Los Abuelos

de nuestros universitarios

Nuestra Biblioteca de Alejandría

Lydia Giménez Llort et al.

Idea original: Lydia Giménez Llor, (El Masnou, Barcelona, 1966)

Textos: Lydia Giménez-Llor y alumnos/as de la asignatura Envel·lir bé:
de la biologia molecular als hàbits de vida.

La reproducció parcial o total de esta obra por cualquier procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público quedan prohibidas sin la autorización escrita de la titular del copyright.

© Lydia Giménez Llor, Sant Quirze del Vallès, Barcelona, 2009

ISBN 978-1-4092-7845-0

www.bibalex.eu

www.saberenvejecer.es

*A los protagonistas este libro
y a todos los otros abuelos y abuelas
que han sido motivo de la descripción
'Así es él, así es ella' en la asignatura
'Envellir bé · Saber envejecer'.*

*Un merecido homenaje público
para decirles algo que ya saben:
¡Lo mucho que les queremos,
que son los mejores abuelos del mundo!*

*Y porque, como dijo un alumno,
 'gracias a ellos
no olvidamos de donde venimos,
y sabemos quienes somos'.*

Sugerencia de lectura:

Las dos primeras redacciones y las últimas son de hace años... y a pesar de eso, como todas las otras, consiguen emocionarme y robarme el corazón como aquella primera vez que las leí.

Ahora, mientras elaboro esta recopilación y las releo, les pongo mi música preferida, Nella fantasia o Gabriel's Oboe de Ennio Morricone, www.youtube.com/watch?v=B2MycU_N634&NR=1 la banda sonora de 'La Misión'. Pruébenlo... y 'sentirán' como las palabras de estos alumnos merecían un libro para dejar constancia de lo que 'sienten'...

Estoy orgullosa de ellos y, como ustedes ahora, soy afortunada de haber tenido la oportunidad de conocer un poco más de 'sus historias' y de sus abuelos.

¡Dan ganas de hacerse vieja!

Los abuelos de nuestros universitarios

por *Lydia Giménez-Llort*

Hace ya siete años que espero con impaciencia poder deleitarme con los nuevos relatos de mis alumnos de ‘Envellir bé · Saber envejecer’, una asignatura de créditos de libre elección impartida en la Universitat Autònoma de Barcelona que llega también de forma virtual a estudiantes de las ocho universidades catalanas y la Politécnica de Madrid.

‘*Así es él, así es ella*’ es su primer ejercicio de redacción espontánea. En él deben escoger a una persona mayor que conozcan y puedan describir bien. En la primera edición me llevé las redacciones escritas a mano y las leí a los pies de las fuentes de Monjuic, mientras aguardaba dentro del coche a mi marido. Cuando llegó me sorprendió emocionada y le confesé que era porque el ejercicio había superado mis expectativas. Algunos alumnos habían convertido la descripción en ‘un tributo’ a sus abuelos y la acababan dirigiéndose a ellos, con un emotivo pensamiento dicho en voz alta: ‘Me acuerdo de ti, yayo!!!!’, ‘Allí donde estés, un beso abuelo!’ o ‘eres la mejor abuela del mundo’. Desde entonces, les pido a mis alumnos que compartan las redacciones con los demás compañeros, porque quedármelas sólo para mí sería de avaros. Aún ahora me emocionan tanto como aquel día...

Entre todos, cada año conocemos a casi doscientos abuelos y en el mejor de los casos, oímos hablar de casi los más de ochocientos que hay por curso. La diversidad de relatos nos demuestra que la vejez es la etapa de la vida más rica en matices y donde más heterogeneidad se da. Son descripciones sencillas, improvisadas en un ejercicio de media hora, pero suficientes para desvelar la ternura recibida y los entrañables recuerdos que los alumnos tienen de sus abuelos. Nos hablan de personas que nacieron humildes y de otras más acomodadas, de aquellos que conocen su tierra palmo a palmo o de alguno que viajó recorriendo el mundo entero, de vejez difíciles y de otras más alegres. A pesar de ello, unas y otras hablan de lo mismo: de la estima y la admiración que estas personas mayores despiertan en sus nietos. Me resulta gracioso que muchos de mis alumnos aseguren (como yo) tener el mejor abuelo del mundo, la mejor abuela del mundo. Incluso alguno, a falta de haber podido conocer a sus abuelos, nos cuenta cómo es la abuela de su novia a quien ya ha cogido cariño, la vecina que es algo más que una vecina o el entrenador de fútbol que derrocha carisma.

Y la experiencia se repite año tras año. Redacciones improvisadas que nos enseñan lo que no está escrito en los libros, lo que no se aprende en las aulas.

En la antigüedad, en el siglo III aC, la Biblioteca de Alejandría dio la bienvenida a sabios venidos de todos los rincones del mundo para convertirse en un lugar de encuentro excepcional donde la cultura y el saber gozaron de una de las épocas de mayor esplendor. Pero la Biblioteca de Alejandría, que recogía en casi un millón de volúmenes todo el saber habido hasta la época, sucumbió a un incendio y lo que ahora sabemos de la antigüedad es sólo una pequeña parte de lo que allí un día hubo recopilado. Hoy la Biblioteca de Alejandría (www.bibalex.org) vuelve a ser un centro de referencia cultural y del saber universal.

A mi me gusta asemejar a las personas mayores con los libros de la Biblioteca de Alejandría, a nuestros abuelos con nuestra Biblioteca de Alejandría particular. Con el paso de los años han ido escribiendo las páginas de su biografía, el libro de su vida. Y en algunas de sus más entrañables páginas está nuestro nombre escrito. Tras el largo recorrido, lleno de alegrías y también de penurias, todas sus experiencias, todas las páginas y páginas escritas, han forjado su saber hacer. Ahora, muchos de estos abuelos se sienten orgullosos de llegar a ver a sus nietos sentados en las aulas de nuestras universidades. Pero, en realidad, son sus nietos quienes les describen como el espejo en el que mirarse y a quien parecerse.

Esta modesta colección, que quisiera llamar 'Nuestra Biblioteca de Alejandría', pretende ayudar a mantener viva esa memoria. A evitar que después del esfuerzo, el libro que nuestros mayores han escrito quede en lo alto de una estantería, pasando desapercibido para los que no han tenido la suerte de conocerles como nosotros lo hemos hecho. Es una pequeña escalera que nos alza hasta aquel estante, para regalarnos la oportunidad de contar lo que de ellos hemos aprendido y seguimos aprendiendo. Un modesto homenaje hecho desde el amor y la admiración, a quienes con esfuerzo consiguieron sacar la familia adelante en tiempos difíciles y ahora se ven recompensados mirando el esplendor de su reflejo.

La colección empieza con este volumen del 2009 que recopila los relatos más recientes que los alumnos me han cedido con ilusión. Algunos que ya estaban listos no aparecen, pido disculpas, pero el ordenador -en un puro acto de egoísmo- quiso guardárselos para él cuando se estropeó. Éstos y los nuevos que aún están en el tintero irán emergiendo en las próximas ediciones (porque espero que las haya!).

El pequeño margen de beneficio se destinará a autofinanciar la colección adquiriendo ejemplares para los familiares y los alumnos.

¡Gracias por leer este libro! Estoy convencida que cuando lo acabe asentirá que llegar a la vejez y ser abuelo/a es un privilegio. Y como decía otro alumno...ojalá cuando nosotros lo seamos, estemos a su altura o nos parezcamos 'aunque sea un poquito' a ellos, a ellas.

Un tributo a mi abuelo

por *Cristian Gallardo*

Javier Guillén

Ya fallecido, en el año 2003 a la edad de 77 años.

Un tributo a mi abuelo.

Me acuerdo de mi abuelo, sentado en la cabecera de la mesa, en una de las muchas comidas familiares dominicales en la que nos solíamos reunir mis abuelos, mi madre, mis tíos, mis primas, mi otra prima y yo.

Estaba sentado siempre mirando la tele, más concretamente las noticias y pidiendo silencio cuando hablaban de política; de su gran querido PSOE y su gran odiado PP – cuestión de ideas ya fijadas.

De vez en cuando nos comentaba – y centraba su discurso en mi-historietas personales de la guerra civil con una voz amarga e, incluso, melancólica. De su padre precozmente fallecido y de su madre maldecida (o bendecida) con duro trabajo para poder sacar la familia adelante, con la ayuda inestimable de sus hijos niños.

Me acuerdo de su pelo canoso, con no más que ligeras entradas. De esa cara bonachona con ese lunar en la punta de la nariz. De su enorme panzón bien proporcionado. Y de sus perfectos pies, que ponía cada noche en agua caliente dentro de su tradicional palangana, y cuyas uñas sólo se cortaba las noches de los lunes.

Me acuerdo de ti, yayo!!!

Mi abuelo Esteban, un modelo a seguir

por *Esteban Jiménez Mayans*

Muy a mi pesar tengo que hablar de él en pasado, pues falleció con 72 años en accidente de tráfico, cuando en mi opinión, era todavía muy joven y fuerte.

Imagino que si la personalidad de cada uno se construye con las experiencias adquiridas en el transcurso de la vida, este principio puede explicar la asombrosa personalidad de mi abuelo.

Son muchas cosas las que desconozco de su vida, sin embargo, si algo recuerdo con claridad es lo meticuloso y perfeccionista que era, así como su creatividad y capacidad para resolver problemas. Y algo curioso, nunca lo vi enfermo.

Era además terriblemente trabajador. Una vez asentado en Madrid, tras dejar atrás una Cartagena natal demasiado pobre para quedarse, fue albañil en la construcción. Posteriormente se trasladó a Ibiza, acompañado entonces por la que sería mi abuela Angelita. Una vez allí, aquejado ya de rinitis trabajó de capataz para la empresa Campsa, y pocos años después, como guardia jurado.

Tras jubilarse, siguió llevando una vida muy activa. De hecho, era muy reacio a quedarse en casa, así que sus últimos años los dedicó a ayudar a la familia. Trabajaba en la administración de lotería de mi madre y cuidaba un huerto que tenían mis padres en la casa de campo.

Poco tiempo antes de perderle estuvo unos meses en casa construyendo un pequeño cuarto que haría la función de almacén. Creo que mantenerse ocupado era vital para su estado de ánimo.

En fin, ¿qué puedo decir?, lo admiro. Estaría muy contento de llegar a su edad con la mitad de la energía que él tenía.

- Abuelito, me siento muy orgulloso de llevar tu nombre y apellido. Sólo espero estar a la altura. Hasta siempre.

Desde ése rincón...

por *Teresa Pons Ferrer*

Siempre que entro, ahí está, residiendo ese rinconcito especial del comedor que le otorgamos en su día.

En mi casa, siempre hemos destinado el comedor para un uso más cultural, nunca comemos en él. Hace a la vez de biblioteca, hemeroteca así como sala de revistas o audiovisuales.

En su día, llegó a nuestra familia ese acordeón, que es mucho más que un instrumento, es el recuerdo vivo de lo que un día fue. Ahora, en la actualidad ve el tiempo pasar, implacable a su efecto, inexorable al futuro. Sólo se limita a adornar y a hacernos recordar que ya no suena tal y como mi abuelo lo hizo en un pasado no tan lejano.



Mi abuelo, Antonio para todos aquellos que no lo conozcan, era músico, pero no un músico cualquiera. Él aprendió con el oído, él nació con ritmo y supo sacarle partido.

Además de su pasión artística, lo que hace un poco más especial a mi abuelo, si cabe, es la gran persona que fue y su gran fuerza a pesar de su ceguera. Lo que nunca le supuso una barrera, sino más bien un incentivo más para seguir siendo un superviviente en este duro camino.

Aunque no llegué a conocerle en persona, sí nos une una gran fuerza espiritual que se siente, se palpa y se traduce en resultados positivos en mis

quehaceres cotidianos. Y estoy convencida de que ha dejado en mí un legado, que hace que lleve con orgullo eso de ser “nieta de Antonio”.

Es por eso, que ese instrumento apartado de todo el mundo que vivió, de los innumerables viajes que realizó y de las melodías que dejó emanar, está vivo y aún sigue resonando en las cabezas de quienes un día lo escucharon.

¡Porque cualquier homenaje es poco!

por *M^a Casandra Riera Ribas*

A mi abuela Catalina,
extraordinariamente fuerte.

Siempre muy trabajadora, como una hormiguita,
valiente, fuerte, tenaz y muy inteligente.

Sus padres le dijeron que si quería ir a la escuela
fuera en su tiempo "libre",
en el que le quedara.

Y a pesar de las largas jornadas en el campo,
con apenas 7 años cumplidos,
ella andaba caminito hasta la escuela,
donde en tan solo un año aprendió a leer y a escribir.
Hacían dictados y cartas, me cuenta.

A pesar de todo, pobrecita,
los años se le llevan la fuerza de los brazos
a cambio de un dolor en las rodillas.
Menos mal que aun la lucidez la tiene intacta.

Un abrazo, abuela.

La Rosa y el clavel

por *Gisela Moliné Solé*

Os quiero presentar a mis abuelos paternos, Daniel y Rosa. Los dos nacieron en el mismo pueblo, en El Perelló, y es donde vivieron toda su vida y actualmente ella sigue viviendo allí.

Él nació un 7 de mayo de 1920 y ella un 13 de abril de 1922. Estuvieron juntos durante 53 años, de los cuales 51 de casados y el fruto de su amor fueron una hija y dos hijos.

Sus vidas no fueron nada fáciles. Pasaron la guerra, la post guerra y vieron como su familia salía adelante y como su vida poco a poco se iba realizando, dedicándola por entero a su familia. Eran queridos por todo el mundo. Eran unas personas respetables y admirables y dejaron huella a aquellos que los conocieron.

Cuando mi abuelo nació lo tuvieron que poner dentro de una caja de cartón rodeado de algodón (simulando una incubadora) y nadie creía que sobreviviría, pero gracias a su fuerza y su coraje salió adelante. Durante su infancia tuvo que ir a la batalla del Ebro y fue uno de los integrantes de “La quinta del biberón”. Durante su juventud conoció a la que fue su mujer, mi abuela. Durante toda su vida, mi abuelo tuvo que trabajar muy duro en el campo. Uno de los trabajos que tuvo fue en la cosecha del arroz en el delta del Ebro. También tuvo que ir a África reclutado en un batallón de disciplinarios. Durante la post guerra, tuvo que irse a trabajar a Francia, dejando a mi abuela sola con sus tres hijos. Fueron tiempos muy duros y difíciles.

Después de toda una vida trabajando y luchando juntos por sacar adelante a una familia llegó la hora de la jubilación, de descansar. Cuando ya no tenían tantas obligaciones que atender, cuando ya no era necesario levantarse de madrugada, cuando... luego les vino la tarea de cuidar a sus nietos. Mi abuelo sentía especial cariño por mi hermano, que tiene Síndrome de Down, a quién cuidó siempre. También cabe decir que mi hermano a su manera también cuidaba de él.

Con los años a mi abuelo le diagnosticaron un cáncer de boca, luego éste hizo metástasis hacia la bufeta y luego hacia el pulmón. Cuando se lo diagnosticaron en el pulmón, los médicos no le daban más de un par de años de vida pero al igual que desde su nacimiento, quiso encarar a la ciencia médica y así lo hizo durante ocho años y medio. Haciendo un recuento, estuvo conviviendo con sus distintos cánceres durante veinte cinco años. Pero una madrugada de un 8 de junio de 1998 a la edad de 78 años mi abuelo nos dejó. Cuando mi abuela le lleva flores al cementerio a mi abuelo siempre le lleva claveles porque era la flor preferida de él, claveles rosa.

Como pasa en los pueblos, cada familia tiene su apodo y el nuestro caso corresponde al de mi abuelo, “secs”.

Los recuerdos que tengo de él son los más bonitos que pueda tener, puesto que lo recuerdo con gran admiración, respeto, afecto y cariño. Un ejemplo a seguir. Un fuerte abrazo para mi abuelo y para mi abuela. ¡Mis queridos abuelos paternos! Muchas gracias por todo “iaio” y “iaia”.

TÚ

La teva llum s'apagà i la mirada se't va esvair.

La teva veu ens anomenà i de la teva boca un sospir s'escapà.

*Els braços que un dia ens abraçaren,
les mans que agafaren els nostres cors
i el cos que ens protegí
s'evacuaren, s'esfumaren, ens deixaren.*

Te n'anares.

Ens deixares aquí, recordant-te.

TÚ

Tu luz se apagó y tu mirada se desvaneció.

Tu voz nos llamó y de tu boca un suspiro se escapó.

*Los brazos que un día nos abrazaron,
las manos que cogieron nuestros corazones
y el cuerpo que nos protegió
se evacuaron, se esfumaron, nos dejaron.*

Te fuiste.

Nos dejaste aquí, recordándote.

1930

por *Alberto Lorenzo Hernández*

Conozco a un caballero que se despierta a la hora que le dicta el cuerpo. Eso es porque durante más de 50 años se levantó puntualmente antes que el resto de la casa. Y de eso ya hubo bastante.

Al ir hacia el baño ve por el balcón el estadio de fútbol. También durante muchos años acudió allí religiosamente según el calendario de partidos. Ya no, el ruido y las aglomeraciones son un mareo, incluso desde lejos cuando se les oye gritar desde las gradas que él ocupó tantas veces.

Ahora ya no hay bañera sino un plato de ducha más accesible para rodillas y caderas cansadas. La radio es digital desde hace un tiempo, pero Bach y Mozart suenan como el primer día. Barba afeitada y uñas cortadas con la precisión que un pulso menguante no consigue arruinar.

De niño nunca hubo chucherías para desayunar, pero hoy una fila de pastillas de muchos colores aguardan sobre la mesa.

Todo listo para salir. No olvidar el móvil, por si pasa algo. Gorra puesta o el dolor de cabeza le hará volver a casa en un momento. El recorrido hasta la oficina está grabado en la memoria, costó un tiempo no caminarlo automáticamente. Pasar por el garaje donde estaba el coche trae otros destinos usuales a la mente, pero hace tiempo que los reflejos para conducir se fueron a la chatarrería también.

El periódico se queda en el kiosco para otro que tome el relevo de leerlo cada día hasta que los ojos dejen de enfocar esas letras tan pequeñas. A estas alturas, es mejor llegar a esa vieja tienda de deportes donde le espera la tropa con las novedades que importan. Entre fotos en blanco y negro y trofeos descoloridos se desata la nostalgia y vuelven viejas historias. Rayos de luz de antaño iluminan rincones oxidados de su memoria, que era antes infalible. Y calla. El resto del día simplemente pasa.

Nacer, sobrevivir a la guerra, aprender lo imprescindible en la escuela, trabajar siendo niño, trabajar siendo adulto, familia, esperanzas, desencantos, incertidumbre, enseñar a otros antes de que sea demasiado tarde. Lo que hagan con ello es cosa suya.

La iaia Carmen

por *Laia Martínez Paredes*

Mi yaya materna, Carmen Duran Paredes, nació en Albuñuelas, un pequeño pueblo de Granada, hace poco más de 90 años. Ya hace más de 60 que vive en Cataluña, y más de 40 que se quedó sola, con 4 hijos para sacar adelante, en una tierra que no era la suya. Llegó a Mataró con 26 años y actualmente tiene 10 nietos y 1 bisnieto.

Muchas vidas de entonces eran difíciles, y creo que la de mi abuela es una de ellas. Ha trabajado mucho, ha ido de arriba para abajo sin parar en todo el día. Supongo que las experiencias vividas te enseñan lecciones que no pueden ser aprendidas si no es así, viviéndolas. Puede que todo ello haya hecho de mi yaya la mujer que es hoy en día: autosuficiente, autónoma, trabajadora, capaz de adaptarse a las circunstancias, despierta, lectora habitual, sufridora de por sí...una gran persona, una mujer estupenda, capaz de entender cosas de nuestros días que obviamente se le hacen extrañas.

Llora mucho mi abuela, es a la vez fuerte y muy sensible, y siempre dice que se va morir. Yo espero que para eso aún falte mucho y mucho tiempo, porque desgraciadamente las generaciones posteriores parece que no sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos.

Un pequeño homenaje a mi abuela Aurora

por *Lucía Giménez Pérez*

Aurora Yelamos Lorenzo

Mi abuela nació el año 1917 en Almería. Sobrevivió a la guerra y a la posguerra. Era la pequeña de cuatro hermanos. Ya de adulta conoció al que sería mi abuelo, Juan Manuel. Estuvieron un breve tiempo de noviazgo que culminó en una boda, y un poco más adelante tuvieron dos hijos. Al cabo de poco tiempo, los pequeños murieron por alguna enfermedad que desconozco. Decidieron trasladarse a Barcelona y empezar de nuevo. Mi abuelo se asoció con un hombre que se dedicaba a la construcción y empezó una nueva etapa para ellos. El negocio iba bien, les permitía ir bastante holgados. A lo largo de los años que estuvieron juntos tuvieron cinco hijos más. Mi abuela fue una mujer muy luchadora, que supo salir adelante pese a las adversidades de la vida. Se quedó viuda a los 63 años, hecho que le causó una depresión bastante fuerte. Yo no conocí a mi abuelo, pero ella ya se encargaba de hablarme de él, enseñarme fotos y decirme lo mucho que se parecía a mi padre. La verdad es que recuerdo muchas cosas de ella, y no puedo evitar emocionarme al hacer memoria. Vivía en el piso superior al nuestro, por lo que la veía cada día. Siempre me la encontraba paseando a su perrita “Lulú”. Aún recuerdo el día que se la regalamos y de cómo le decíamos bromeando que cualquier otro nombre menos ese. Al final le puso Lulú... También me encantaba que me contara cosas de cuando era joven, batallitas que explicaban en los pueblos, cómo conoció a mi abuelo, cosas de la guerra...

Era una persona muy activa, se resistía a irse a vivir con sus hijos. Casi cada noche cenaba una ensalada de tomate con ajo cortado en láminas, decía que era un antibiótico natural.

Los últimos años de su vida fueron muy duros, sufría una enfermedad que le iba afectando a la actividad cerebral. Se fue consumiendo poco a poco, hasta que un día su corazón dijo basta. Murió con 83 años. Pero me gusta más decir que vivió 83 años, dejó 5 hijos, 15 nietos y muchos recuerdos que siempre tendremos con nosotros.

Dos mejor que uno

por *Manel López Navarro*

De los 4 abuelos que cada nieto tiene, a mi me quedan los abuelos maternos. Aunque ambos sobrepasan los 80 años, psicológicamente se mantienen fuertes e intentan estar el máximo de tiempo con distracciones de diferentes modalidades, para no caer en la monotonía y en el aburrimiento.

Tienen un horario preestablecido, siempre y cuando el tiempo acompañe, puesto que a las 12h van a pasear por el parque y allí se reúnen con más personas mayores a las que poder conversar con ellas; ya sea de fútbol, como de política, como del tiempo que nos acechará la semana siguiente.

Son personas que han vivido épocas muy malas, especialmente los golpes de estado de Tejero y Franco; por ello, aún conservan ese espíritu combativo y sufridor, que les hace ser más conscientes y experimentados en este momento de crisis económica mundial.

Afortunadamente, al tenerse uno al otro, si algún día uno de los dos tiene un bajón anímico e incluso físico, tiene al otro para apoyarse y recibir todo tipo de ayudas y ánimos para sobreponerse a la adversidad.

Son conscientes de la edad que tienen y de las multitudes de experiencias que han vivido, es por ello que continuamente no paran de ofrecernos consejos, aunque a veces resulta algo pesado escucharles cuando se ponen a hablar de su vida cuando tenían nuestra edad.

En definitiva, estoy contento que mis abuelos se mantengan sanos y emocionalmente estables, puesto que a estas edades la parte psicológica y emocional influye en gran medida, tanto incluso como la parte física.

Mi abuela

por *Víctor Pérez Villacastín*

Mi abuela es como un regalo que vino en la primavera de 1926 (yo le digo siempre en su cumple que es la primera flor de cada primavera) en un pueblecito de la provincia de Cuenca. A mediados de los 60 tuvo que venir a Madrid para que sus hijos (mi padre y tíos) pudieran estudiar, ya que el maestro del lugar solo daba hasta 3º de bachiller. Siempre buscando lo mejor para sus hijos y en consecuencia para sus nietos.

Le supuso, según me cuenta, un cambio radical en formas y costumbres, que les costó, teniendo en cuenta que en aquellos años, era mas difícil adaptarse a las ciudades, dados el relativo aislamiento de los pueblos respecto a las grandes urbes. Pero lo que tiene claro es que los malos ratos de adaptación los volvería a hacer, porque realmente ha merecido la pena, cuando ahora nos ve y los retos personales, pequeños y grandes, conseguidos.

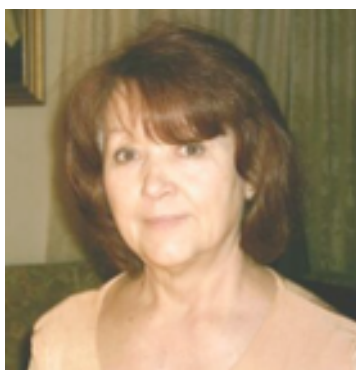
Hubo un punto dolorosísimo de inflexión cuando falleció mi abuelo, con 56 años, que le supuso un grave trance, pero que a lo largo de estos casi treinta años ha sabido superar, no sin esfuerzo, gracias a su coraje y tesón y con el apoyo incondicional de sus hijos y nietos.

Luego con el paso de los años y su inoportuna enfermedad de osteoporosis, le ha hecho llevar dentro de su cuerpo 5 prótesis, pero que eso no le impide desarrollar una vida normal y muy saludable. Yo le llamo mi querida “robocop”.

Y hablando de vida saludable, ella me ha descubierto los encantos de la cocina tradicional manchega, y de vez en cuando como un rito, nos junta en su casa junto a mi hermano y mis primos, a degustar unas ricas viandas, la última por cierto fueron unas ricas gachas de harina de almortas. Nos viene a todos muy bien para compensar la “comida basura” que inevitablemente comemos algunas veces con los amigos.

Abuela eres única, este es un pequeño homenaje a ti por lo buena persona que eres...

Mi madre



Esta es mi madre. Se llama Gloria y tiene 65 años recién cumplidos. Mi madre nació en un pueblo de la periferia de Madrid, en Villalba, tiene 5 hermanos, 4 de ellos menores que ella, y de pequeña le llamaban “lagartija”, supongo que por lo inquieta y activa que es. Estudió lo que la época y la situación en la que nació, plena posguerra, le permitieron. Conoció a mi padre a los 17 años y se casaron a los 27.

Vinieron a vivir a Madrid capital, mi padre trabajaba desde los 15 y ella se quedó de ama de casa. En seguida tuvieron a mi hermana mayor, Gloria, y después a Ana, y después a Eva, y después Antonio y finalmente yo, cuando mi madre tenía 43 años. Ya más relajada y con mis hermanos ayudando en casa se sacó el graduado escolar y se apuntó a un cursillo de Francés, que le gusta mucho. Hace poco se ha apuntado junto con mi padre al Inserso, que ya es hora de disfrutar un poco de la vida y no trabajar tanto.

Mi madre siempre ha sido la parte activa de la familia, mi padre traía el dinero pero ella siempre ha llevado la iniciativa de las cosas, es la más trabajadora de todas, no para en todo el día, desde que se levanta hasta que se acuesta. Mi madre siempre ha tenido esa sensibilidad y empatía que me ha sabido transmitir, siempre preocupada por las causas justas y los más desfavorecidos. Cuando era adolescente le di muchos quebraderos de cabeza y llegamos a estar muy enfrentados, pero ahora las cosas son de otra manera y realmente la veo de adulto a adulto, y nuestra relación es estupenda.

La miro y veo en ella aún a una niña que ha sabido mantener dentro de ella durante todos estos años. La miro y veo en ella a una mujer que ha sabido tomar las riendas de una familia entera y sacarla adelante, y sobrada, cosa que ahora no me parece tan fácil!

La miro y me siento orgulloso de ella. Por eso la he escogido para este documento.

Mis abuelos

por *Sílvia Laghmich Méndez*

Soy Sílvia Laghmich Méndez, alumna de cuarto de Psicología de la UAB. Tengo 22 años, y vivo en Barcelona. Soy hija de madre leonesa y padre marroquí.

No he convivido con ninguno de mis cuatro abuelos. Mi abuela materna murió cuando mi madre tenía solamente 6 años, en el 1957, por lo cual no la he conocido pero sí que la he visto en fotografía en blanco y negro de la época. La causa de la muerte fue accidental, ya que un grupo de personas se encontraban recogiendo moras en el bosque y había un grupo de niños jugando a tirar piedras y una de ellas alcanzó a mi abuela en un golpe mortal en la cabeza.

Mi abuelo materno murió cuando yo tenía 8 años, en el 1994, y sólo le había visto algunas veces durante las vacaciones en León. La causa de su muerte venía de largo, ya que era republicano y durante la Guerra Civil española, permaneció durante semanas escondido en un río, y a causa de ello le debutó una enfermedad pulmonar, que al cabo de los años acabó con su vida.

En lo que respecta a los abuelos paternos, los he visto durante las vacaciones en Marruecos. Mi abuelo era militar y trabajó durante muchos años con el Rey de Marruecos y, paradójicamente, ayudó a las tropas franquistas en la marcha verde. La causa de su muerte fue una caída en la ducha que tuvo como consecuencia la rotura de cadera y, al tratarse de un país en vías de desarrollo, no tuvo los medios suficientes.

Así que sólo me queda mi abuela materna, que vive en Marruecos y que a pesar de tener diabetes, goza de una salud bastante buena, en parte por los hábitos de este país, ya que tiene mucha flexibilidad porque acostumbran a sentarse en el suelo, entre otras cosas.

Pepita

por *Sílvia Mengual*

Pepita es mi abuela materna, el mes pasado cumplió 69 años. Hace once que es viuda, tiene dos hijas de 47 y 38 años y cuatro nietos de 25, 20, 13 y 6 años. Nada más con esta información de tipo cronológica da a pensar que es una “abuela joven”, aún siendo así, ella se considera una persona ya mayor.

Introduzco así la descripción porque es un tema por el cual estoy un poco preocupada, ¿cómo puede decir que está mayor si yo con 20 años la considero joven? Básicamente me preocupa porque es una mujer trabajadora pero que se queja continuamente de lo mucho que trabaja. Vive con mis primos pequeños en Cambrils desde que murió mi abuelo y desde entonces, según ella, no ha podido descansar. Digamos que ha hecho de ama de casa y de canguro en una edad en la que ya no se siente capaz de continuar con esas obligaciones y responsabilidades. Por otro lado, creo que si no hubiese sido por ellos no habría vivido tan jovial como hasta ahora. Por lo que se refiere a sus rasgos físicos es una mujer alta, mide 1,70m, pesa unos 65 Kg., utiliza gafas desde que tengo memoria y tiene unas piernas estupendas!



Su psicología es aparentemente sencilla, es cariñosa, atenta con los suyos, muy detallista con sus hijas y nietos/as, le gusta la cocina, preparar comida para todos, es una artista de la costura y una fanática de la limpieza y la decoración de interiores, así como de la botánica especialmente. Lo considero especial ya que siempre pienso que he de apresurarme a tener una casa con jardín para que sea ella la que me aconseje con las plantas y los árboles, no conozco a nadie que sepa manejar tan bien a las plantas. Además me recuerda a cuando yo era pequeña que ella trabajaba como jardinera en una mansión en el pueblo y me llevaba de escondidas de los dueños a enseñarme las variedades de flores y árboles que ella cuidaba, a parte de encender los aspersores del jardín para que me refrescara bajo el sol radiante de los meses de julio. Recuerdo aquellos momentos como los más inocentes de mi vida, dónde me sentía muy afortunada de tener unos abuelos que me llevaban a pasar la tarde por aquellos jardines inmensos y preciosos y me sorprende ahora que nunca envidié a los hijos de la casa que tenían columpios y una gran piscina para ellos solos. Sólo con lo que mis abuelos me mostraban aprendí el gran valor de las flores y que puede ser más divertido jugar en el césped con un poquito de agua al lado de las personas que te quieren, que con un montón de juguetes en una piscina para ti solo.

Descripción de un viejo

por *Carla Soler*

Me viene al pensamiento la imagen del viejo con la piel arrugada, el cabello pobre y grisáceo, que camina poco a poco, porque ha perdido toda la agilidad que tuvo hace algún tiempo. Viste camisa de franela y jersey de lana. Es gruñón y los defectos y manías que tenía de joven se le han ido marcando más. También suele quejarse del joven, de lo que hace o deja de hacer, aunque en el fondo le gustaría volver a tener aquella edad y aquella energía; por otro lado, ha perdido el carácter y la decisión de antaño y se ha vuelto más pausado y menos decidido, esto puede hacerle ser afable. También se encuentra un poco solo, porque sus hijos ya son mayores y a los nietos no los ve tanto como quisiera, pero cunado les ve se le cae la baba y les da todos los caprichos que quieren, aunque tiene a su mujer con quien le une una relación emotiva y tranquila, se respetan y han pasado toda una vida juntos y ahora ya no saben estar uno sin el otro. Ahora que ya no tiene que trabajar se dedica a hacer las cosas que siempre ha querido - a pesar de que su pensión tampoco le da para mucho- sale a pasear, va de excursión y a bailar o al menos a pasar el rato.

Francisco Cubero Bori

por *Anna Barberà Cubero*

Mi abuelo es una persona que física y mentalmente está muy bien. Es una persona con unos valores y unas creencias muy arraigadas; quiere mucho su tierra y es también una persona luchadora y defensora de sus propias convicciones.

Mi abuelo, “Paquitu” vivía en un pueblecito llamado “Montesquiu” (pertaneciente a la comarca de Osona) pero desde que mi abuela murió vive con nosotros en Sant Cugat. El abuelo ‘Quicu’, que es como yo le llamaba cuando era pequeña, siente una gran devoción por el futbol y trabajó de ebanista hasta que se jubiló. La infancia de mi abuelo tuvo lugar en el barrio del pueblo nuevo (Barcelona); fue en el ‘poble nou’ donde conoció a mi abuela y los dos se exiliaron a México durante la guerra (lugar donde nació mi madre).

Físicamente considero que es como el típico abuelo de los cuentos infantiles: cabellos blancos, bigote, no muy alto, ojos azules, lleva gafas, los dientes que conserva son suyos y su piel ya está bien arrugada. La manera de caminar lo caracteriza porque cuando era joven le malcuraron una herida y desde entonces que cojea (¡Le quedó un pie un poco más pequeño que el otro!).

Recuerdo que cuando era pequeña el abuelo, siempre que podía, hacía lo que le pedía. Constantemente le decía de ir a los columpios y él no se negaba; una vez, en el parque, él me decía que jugara con las otras niñas pero no quería que él parase de columpiarme. Cuando ya estaba bien cansado, entonces ya era el momento de volver a casa. Él podía dedicarse toda una tarde a estar por mi y mis primos. Con frecuencia, íbamos a caminar por el Castillo de Montesquiu y recuerdo algunas excursiones que hacíamos por los pueblos de al lado.

Al abuelo ‘Quico’ le gustaba mucho levantarse por las mañanas e ir a comprar el pan, pasear el perro y comprar los periódicos del día. Cada vez antes de ir a sacar el perro, lo cepilla y lo limpia porque es un perro muy viejo y necesita atención. Él tiene mucha paciencia con el perro y siempre le guarda comida que sobra del almuerzo o de la cena y le da un poquito sin que mi madre lo sepa.

Aún y así, hay que decir que mi abuelo es una persona muy tozuda, con una fuerte personalidad y siempre intenta hacer la suya. Si es necesario, en un solo día puede ir y volver de Sant Cugat a Vic sólo para ver a sus amigos o hacer algún recado (cosa que a mi madre la deja intranquila porque ella le dice que ya no tiene edad para estos “troles”).

Para acabar, sólo me queda decir que mi abuelo siempre ha estado conmigo cuando he querido y me ha dado todo lo que he necesitado. Es una gran persona, un gran abuelo y creo que afortunadamente está envejeciendo de una forma muy saludable y envidiable por los demás.

Así es él, así es ella

por *Ingrid Miranda Ventura*

Yo os voy a presentar a mis abuelos maternos, por suerte tengo a los 4 que no los cambio por nada del mundo, pero hablaré de los maternos con los que vivo desde toda la vida.

Mi abuela se llama Conchita y mi abuelo Joan, somos de Deltebre (Tarragona), tienen 71 y 79 respectivamente y son adorables. Mi abuelo ya hace 2 o 3 años que empieza a estar más viejito, está como más distante y eso mi abuela no lo puede soportar!! Ella siempre con las cosas de casa, preocupada por todo y por todos, vive para nosotros (mis padres y hermano pequeño), y mi abuelo vive la vida a su bola!!!

Ella por la mañana se levanta y se pone a hacer las tareas de casa, lavar la ropa, limpiar y hacer la comida...Él se levanta a las 10, se va al gimnasio a hacer natación para abueletes, se va a la huerta, a comprar...él va a su bola y no le comenta nada a mi abuela, cosa que la saca de sus casillas, y ella le pasa el día riéndole...Suerte que mi abuelo pasa de todo porque si no...Como se puede apreciar él es mi favorito, desde siempre he sido la niña de sus ojos y desde cuando ha empezado a envejecer que estoy más pendiente de él porque no me quiero ni imaginar el día que me falte.

Llevan una vida típica de campesinos, son gente humilde y generosa de pueblo...Los mejores del mundo!!! (para mi claro...)

Mi abuela María es el alma y corazón de la familia

por María Pérez Pérez

María Martínez Pérez

Mi abuela Maria tiene 94 años es mi abuela materna y la persona que más admiro del mundo; de hecho el mejor piropo que me ha dicho mi madre es que me parezco a mi abuela hasta en la forma de ir al lavabo.

Es muy vital, siempre le vé el lado positivo a las circunstancias y le gusta que las cosas se resuelvan sin tener que llegar a enfadarse o a algo peor. La máxima prioridad de su vida es que la familia se mantenga unida y hace todo lo que está en su mano para que esto sea así, siempre intercepta por todos y reparte amor, atención y cariño desde que recuerdo. Aquí vá una historia que lo ilustra bien.

Hace aproximadamente unos 12 años sufrió un accidente de tráfico, un coche la arrolló y le destrozó las piernas, por entonces ya tenía 82 años y tal y como le quedaron los médicos pensaron que nunca más volvería a caminar ya que además al soldársele los huesos una pierna quedó algo torcida, pero ella volvió a demostrar que su motivación y ganas de vivir son superiores a cualquier razón; volvió a caminar, ¡por supuesto! Y además le supo ver la parte positiva al “asunto” de la pierna torcida, siempre decía que si su pierna le llevaba a la izquierda pues que entonces ella iría hacia donde le llevara.

Pero la parte más tierna y explicativa de su carácter es que al haber estado muy grave y ver lo que le podía haber pasado; al recuperarse, después de seis meses, nos dijo a todos que como seguro que el día de su entierro nos íbamos a reunir todos para “llorarla” pero ella no estaría allí, para verlo ¡al menos!, quería *organizar una comida* donde nos reuniésemos toda su descendencia (unas 45 personas, ahora ya algunos más) para así poder disfrutarlo, vivirlo y “reírla” también ella; desde entonces y ya han pasado unos cuantos años nos reunimos toda la familia una vez al año para comer juntos y pasar un rato entrañable riendo con las ocurrencias de la persona que nos ha hecho crecer y ser mejores personas.



Tiene, también, toda una retahíla de frases celebres (algún día las recopilaré todas porque no tienen desperdicio), entre ellas podríamos reproducir:

“¿Cómo voy a tener ganas de morirme si tú me haces una foto con este trasto y se la envías a alguien que está en la otra parte del mundo? Si es que hay tantas cosas chulas...”;

“Yo, que sepáis que el día que me vaya será porque me llevan porque ganas, lo que se dice ganas de irme yo no tengo”

“.. oye, ¿habrá algo al otro lado?, porque es que aquí se está muy bien y no me apetece nada probar”

Pero su frase más graciosa es que cuando mi madre en alguna ocasión ha dicho, *“me voy a tirar al tren”*, automáticamente mi abuela responde *“pero nena tírate al maquinista que está mucho más bueno”*.

Con ella nunca acabaría de explicar historias ya que las hay de todos los colores. Tal y como ya he dicho es la persona que me sirve de referencia para intentar ser cada día mejor y cinco minutos con ella son toda una lección de vida.

Dicen que tus padrinos condicionaran parte de tu carácter y ella es la mía, solo espero que eso haga que me parezca en algo a ella y a su espíritu incansable y jovial.

Te quiero mucho, yaya.

Yaya Pequi

Así es la abuela Teresa, que en mi infancia llamaba “yaya Pequi”, porque así era cómo se llamaba su perro (¡cosas de niños!). Tiene 74 años y es una mujer cautivadora.

Una madre valiente, que ha tenido que criar sola tres hijos. Enviudó muy joven, a poco más de cuarenta años, y, con el menor de siete años, tuvo que tirar adelante. No fue fácil, claro que no.

Entre sus proezas admiro el hecho que se sacara el carnet de conducir cuando entre las mujeres nadie lo tenía –¡y todo a la primera!-, la pasión que pone a la hora de cocinar para nosotros –¡aunque la sal y ella no congenian demasiado...!- o el amor y la dedicación con qué lo hace todo.

Es una mujer católica y nacionalista, de las de arriba a abajo. Melómana, teatrera, culta... Tiene el aire de aquellas mujeres aristocráticas con una elegancia innata, aunque a la hora de combinar mezclen ropa con puntos y rayas.

De cabello corto ondulado y rubio, con la cara blanca y un poco arrugada – la arruga es bella, le digo yo- y los ojos azules, profundos y experimentados, detrás de unas gafas metálicas a la última moda. Con los años su espalda se ha ido encorvando, y aún más a raíz de la rotura de fémur.

Con los años, los caracteres se vuelven más agrios, los defectos se acentúan y la apariencia se vuelve más frágil. ¡Ahora la yaya es más terca que nunca! Parece como si fuera bajando poco a poco los peldaños de una escalera... Esto afecta también su estado anímico. Ve como a su alrededor las cosas cambian y ya no encajan en sus esquemas; los mayores van desapareciendo y el día a día va minando su energía. Pero esto no es importante, ni tampoco el que a veces se despiste o olvide de las cosas... Porque, a pesar de todo, sigue siendo ella, la “yaya Pequi”.

El tiempo no le ha borrado ni un ápice de encanto. Después de tantos años, sigue enamoradísima de mi abuelo –al que yo no conocí- y nos habla de él –a los tres nietos- con un afán sin igual. Y nos habla de todo ello como si hubiera fuera reciente. Para ella el tiempo no transcurre, no es lo más importante, y ve a sus hijos, aún, como “sus niños” (¡pero si el mayor ya tiene 50!).

En la familia, es la matriarca, el centro, el “pal de paller”. Su mayor deseo es vernos a todos juntos y felices y no escatima esfuerzo en conseguirlo, porque da una importancia sin igual a la familia. La yaya siempre ha sido la primera en preparar las celebraciones, y como no, de la mejor forma que ella conoce: sentados todos juntos alrededor de una buena mesa, una buena comida y una buena conversación. Lo de menos es el motivo; el objetivo es mantener la unidad familiar.

Una de las aficiones de la abuela Teresa es viajar. ¡Con sus amigas no hay país que se les resista! ¡Todas juntas, podrían arreglar el mundo o hacer un buen libro de viajes! Pero, de vez en cuando, hacen una pausa y se van al cine o al casino a echarse unas risas.

Pero la anécdota más divertida de todas es el vocabulario de la abuela: cuadrícula en lugar de clavícula, Can Bravo por Caprabo... Adorable.

Por todo eso la quiero tanto. Así es mi abuela, la “yaya Pequi”.

Marinette

Cuando pensaba en que persona mayor podría describir, me surgió instantáneamente la imagen de Marinette. Marinette es la abuela paterna de una chica con la que salía hasta hace poco. Marinette es una persona que admiro mucho, creo que es la mujer mas buena que he conocido en mi vida. Una cosa que me gusta observar en la gente mayor son las arrugas de su cara, a veces puedes adivinar con las arrugas los gestos más comunes que la persona ha hecho durante su vida. Cuando observaba por primera vez a Marinette pude ver que sus arrugas se habían producido por haber sonreído mucho. Siempre esta sonriendo y abrazando a la gente.

Yo pensaba que había sido una persona muy feliz durante su vida, pero al ir conociendo poco a poco su historia, no podía entender de donde podía venir esa alegría que siempre mostraba. Marinette tiene más de 70 años, nació en un pueblo cerca de Nantes cuando en la época del hambre tuvieron que emigrar a Francia. Su familia era una familia humilde que trabajaba el campo en Granada. Cuando ella todavía era una niña, volvieron a Granada. Se casó con un hombre de Granada que conoció cuando tenía 15 años: “Antonio”.

En Granada trabajo muchos años en el campo y haciendo de costurera y bordadora. Después ella y su marido fueron a probar suerte a Palma de Mallorca, donde han vivido hasta ahora. Su marido trabajo en una fábrica de pieles y ella siguió haciendo su trabajo de costurera, fueron años duros y difíciles. Antonio y Marinette tuvieron dos hijos Antonio y Vicente, de los cuales Marinette tuvo que ocuparse de cuidar prácticamente sola. Después de varios años, su marido empezó a trabajar en el mundo de la pescadería y después de algún tiempo consiguió establecer varias pescaderías en una de las cuales trabajo muchos años Marinette, además de tener que cuidar de sus hijos y más tarde de sus nietos y llevar las tareas de su hogar. El marido de Marinette no ha hecho que su vida sea fácil, su modelo de esposa es cualquier cosa excepto el de compañera. Por lo que se, Marinette no ha tenido nada fácil desarrollarse como persona fuera del hogar, su marido es incapaz de mover un dedo para hacer cualquier cosa y ella ha tenido que ocuparse siempre de todo.

Marinette es protestante lo cual hizo que viviera la represión franquista ante cualquier confesión que no fuese la católica. Una vez la detuvieron por llevar una Biblia y no ser católica. Hay muchos detalles y situaciones muy duras que no conozco de la vida de Marinette, pero que hacen de ella alguien que tiene motivos de sobra para haber tirado la toalla, para haberse amargado y odiar el mundo. Pero no ha sido así, Marinette es una persona llena de ternura y alegría. Ahora vive en una casa en las montañas cerca de Palma (Puig Punyent), es un sitio precioso. Hay que reconocer que Antonio ha hecho algo muy bonito de aquel sitio, está lleno de flores, plantas y algunos corrales para animales. A Marinette le gusta la naturaleza y creo que la conoce bastante bien. Recuerdo una vez que fuimos a verla a su casa y me enseñaba con mucha alegría las crías de conejo que habían nacido. En otra ocasión me enseñó unas calabazas y como me gustó mucho su forma insistió mucho en regalarme una. Otra cosa que en la que Marinette es una experta es cocinando. Cocina muy bien, hace unos postres muy buenos y las mejores rosquillas que he probado nunca. También es una persona muy detallista y generosa, sabe tejer muy bien, así que cada invierno hace unos patucos de lana para todos, para mantener los pies calientes. Hizo incluso unos para mí. Hace también manualidades, servilleteros y otras cosas muy ingeniosas, hizo para mi madre alguna de estas cosas. La verdad es que yo no he podido tener mucho trato con mis abuelos, todos han muerto ya, excepto mi abuelo materno. Marinette me ha dado mucho ánimo y cariño y he llegado a apreciarla como a mi propia abuela. De momento parece que conserva muy buena salud, va un poco encorvada, seguramente por su trabajo en el campo.

En conclusión, Marinette es un ejemplo para mí de amor por las personas, es muy sensible al dolor de la gente, es una persona sencilla y amable. Es una gran madre, una gran abuela, una gran esposa, una gran amiga, una mujer muy creyente.....es una gran mujer. Es digna de admiración.

Mi tía Quina

por *Laura Sayavera Basón*

Mi tita Quina, como la llamamos cariñosamente, acaba de cumplir 70 años. Por su edad, podría pasar perfectamente por abuela, aunque lo cierto es que su aspecto y su vitalidad la hacen parecer mucho más joven. De hecho, cuando la conoces te das cuenta de que es una de esas personas que ha sabido reencontrarse con el niño que todos llevamos dentro. Por eso y por lo importante que es para mí me he decidido a hablar de ella.

Mi tía Joaquina es una de las mujeres más coquetas que he conocido. Siempre ha llevado el pelo corto para despejar su cara, redonda, de mejillas abultadas, musculosas, que parecen empujar hacia dentro unos ojos pequeños y oscuros como botones. Cuando la miras puedes intuir en ella un lado cómico que, desde luego, coincide con la realidad. Y es que siempre está dispuesta a arrancarte una sonrisa con uno de sus chistes o anécdotas. Le encanta hablar, y a mí me encanta escucharla.

Joaquina es una mujer entrañable, una de esas personas a las que te apetece achuchar nada más verlas. Apenas llega al metro y medio de altura y sus piernecillas arqueadas no le permiten caminar con demasiada facilidad. Pero no hay que dejarse engañar por su frágil apariencia porque mi tía es una mujer llena de energía: le encanta salir a pasear con sus amigas, ir de compras, ir a bailar, ir al gimnasio, de excursión, viajar... A veces pienso que si sigue soltera es porque le falta tiempo para buscar al hombre de su vida. Eso sí, para lo que nunca le falta tiempo es para dejar su casa como los chorros del oro. Le encanta limpiar. No es de extrañar que al entrar en casa la veas cargada con la bayeta, el plumero, la escoba, la fregona, la lejía y el jabón. Eso significa que ya está preparada para recorrer palmo a palmo su casa y eliminar hasta la última bacteria.

Otra de sus aficiones es escribir poesía. Y la verdad es que no se le da nada mal. Para ella, los versos son una manera de expresar sus miedos y preocupaciones. A pesar de que es una mujer fuerte, le asusta bastante la soledad. No le gusta hablar de ello, pero echa mucho de menos a mi abuela, con la que estuvo viviendo hasta que murió hace ahora 8 años. Es muy duro perder a alguien con quien has compartido los buenos y malos momentos de toda una vida.

Yo, por mi parte, espero poder disfrutar de mi tita Quina durante muchos años. A las dos nos quedan todavía muchos buenos momentos por compartir.

Asunción Bonacasa

La persona de la que voy a hablar se llama Asunción Bonacasa y es mi abuela. La he elegido porque me parece una persona ejemplar y creo que se lo debo.

Tiene 73 años y, físicamente, es una señora de estatura media, complexión fuerte; piel morena, pelo castaño y ojos marrones; nariz chata y labios finos.

Actualmente vive con mi abuelo en un pueblo de la sierra de Madrid que se llama Valdemorillo.

Cuando yo era pequeña la veía como una persona de mal carácter, quejica, cascarrabias y chillona. Esto no tiene nada que ver con lo que pienso de ella ahora. Es cierto que tiene un carácter un poco especial pero es una persona sincera y directa, con un sentido del humor bastante irónico; en cualquier situación, si algo no la convence o no le parece justo lo dice, como es, sin rodeos. En algunas ocasiones esto es una virtud, pero otras, la ha traído algún que otro problema.

Siempre admiraré su forma de enfrentarse a la vida, valiente, buscando siempre lo mejor para su familia, defendiéndola por encima de todo. Supongo que su espíritu luchador se debe a la situación que le tocó vivir. Aunque era muy pequeña cuando estalló la guerra, es un periodo que vivió y no por ello fue menos duro.

Es la pequeña de cinco hermanos y, no estoy muy segura, pero tengo entendido que dejó el colegio cuando tenía unos seis años.

Siendo aún muy joven, perdió a su padre en un accidente lamentable. A los pocos años, cuando ya tuvo edad suficiente tuvo que marcharse a Madrid a servir en las casas de familias adineradas. Así, entre todos los hermanos sacaban adelante a la familia.

Cuando su situación económica mejoró un poco, volvió al pueblo y se casó. Tuvo un hijo y una hija. Aún así, tuvo que seguir trabajando, primero en una pescadería, luego ayudando a mi abuelo en sus quehaceres.

Por fin, dejó de trabajar cuando mi abuelo encontró un empleo con el cual ganaba dinero suficiente.

La vida le deparó años después golpes duros, como las muertes de su madre y uno de sus hermanos. Eso la ha hecho una mujer muy fuerte. Ella misma cuenta que ha visto morir a muchos conocidos.

En la casa de Madrid en la que servía eran muy estrictos con todos los aspectos relacionados con el hogar. Así, mi abuela se convirtió en una estupenda cocinera y aprendió a coser casi como una profesional, además, su capacidad para limpiar el polvo de la casa y hacer las camas sin una sola arruga es increíble.

Otra de las cosas que agradezco a mi abuela es que jamás haya dicho que sus nietos son los mejores en todo (los más altos, los más guapos, los más listos...), al contrario, siempre ha dado a cada uno lo que se merece.

Es cierto que ahora, con la edad, se ha vuelto más maniática, exagerada y testaruda, aparte de los inevitables achaques y el consecuente mal humor. Por cierto, rara es la persona mayor que no tiene estos defectos.

En fin, no escribo todo esto para contar la vida de mi abuela, ni para que parezca un drama, sino para describir a una persona mayor a la que he empezado a valorar y conocer bien con el paso del tiempo y que, desgraciadamente, sólo veo una vez a la semana. Una persona que puede parecer seca y algunas veces hasta insensible. Pero eso es lo que es, sólo apariencia; en el fondo, nosotros ya sabemos como es en realidad.

Como ya he dicho es una mujer fuerte, luchadora, trabajadora, valiente y buena; no quiero decir que todo lo haya hecho bien en la vida, pero, sin duda, para mi es una persona ejemplar.

Desde luego, ésta es una descripción a grandes rasgos, ya que podría estar hojas y hojas contando mil una historias sobre ella.

Siendo no poder adjuntar una foto pero no he encontrado ninguna de un tamaño adecuado.

Vicente Cabello

Vicente Cabello cuenta con más de 75 años, ronda los 76, pero él, no obstante, siempre asegura que esos años son los que tiene su cuerpo, porque él está, más joven que cuando tenía 20 añitos. A este hecho no nos podemos negar nadie porque en su rostro siempre se ve dibujada una sonrisa acompañada de un sentido del humor que pocas personas poseen. Precisamente, este hecho es el que lo mantiene tan joven, ya que, a pesar de los achaques de la edad, con sus respectivos dolores, el cuidado que hay que tener con la tensión, que ya no puede fumar y algunos otros inconvenientes, enfoca su vida de una forma optimista, dedicando su tiempo a hacer cosas que realmente le gustan y que desea aprender o enseñar. Por ejemplo, si en su casa o en la de alguno de sus hijos se rompe algo o no funciona bien, él se encarga de estudiar cómo puede hacer que vuelva a funcionar, o bien, se encarga de hacer otro nuevo. Como ejemplo, una vez la cisterna del baño estaba continuamente soltando agua y haciendo ruido, pues cambió un par de piezas y, ahora, está como si nada hubiera pasado. O también, un día cedió una estantería en mi habitación y me aseguró que me pondría una que no se caería nunca. Compró la madera del tamaño que yo quería que fuese, la colocó en la pared y, a pesar de que está repleta de libros y muñecos de mi infancia, sigue con el vigor del primer día y sin síntomas de que se vaya a caer.

Sin embargo, con lo que más disfruta es hablando con sus nietos, pues siempre le contamos nuestros pensamientos, planes e intenciones que tenemos para nuestro futuro. Disfruta con ello porque ve en nosotros la ilusión y las ganas de vivir que él aún tiene. Basándose en su experiencia intenta aconsejarnos para que todo nos salga de la mejor manera posible, aunque también nos dice que hagamos cosas siguiendo nuestros impulsos para que nosotros mismos descubramos que equivocándonos y solventando nuestros errores, nos enriquecemos más como personas y, así, podamos sentir que estamos viviendo nuestra propia vida, y no la que los demás quieren que vivamos. Precisamente cuando habla de estas cosas, en ocasiones, se entristece (y a la vez enorgullece), un poco porque ve que, en realidad, ya es mayor, que nosotros nos hacemos mayores y que, tarde o temprano, dejará tras de sí a una familia que lo quiere y admira.

Caya Graco

por *Pablo Antolín Gutiérrez*



En primer lugar quiero aclarar el por qué de la foto, ya que sino puede quedar muy mal una foto de una rosquilla hablando de mi abuela!!.

Esto es porque desde siempre una o dos veces por año, nos reuníamos toda la familia para hacer una millonada de rosquillas y luego repartirla entre todo el mundo!. Creo que cuando mi abuela falte, es el mayor recuerdo que voy a tener

suyo!.

Otra cosa característica suya es que es una maniática de la limpieza, cuando vamos a su casa, hay que tener cuidado con el suelo por que si te descuidas te resbalas y caes de lo encerado que lo tiene, mi prima cuando era pequeña no podía ir a verla a su casa porque siempre se caía!.

Antes no hacíamos caso de esta obsesión, pero ahora que empieza a estar mal de salud sí que nos preocupa, porque no es la primera vez que se le cae una ventana limpiando, o peor le puede pasar al tener que mover los muebles para limpiar detrás.

Una cosa que admiro de ella, es la fortaleza que tiene, ya que después de quedarse viuda, salía mucho de casa, e iba mucho al los locales del Inmerso, apuntándose a cursos de baile, excursiones y cosas así. Si no llega a ser por eso habría echado mucho en falta a mi abuelo (más todavía), y lo habría llevado muy mal.

Mi abuela vive en Madrid con el resto de mi familia, por eso no la vemos mucho, unos 3 o 4 veces al año, para Navidad nos juntamos todos en su casa, que aunque le damos trabajo, le hace ilusión que vayamos allí (también tenemos casa propia).

En verano viene ella a casa, ya que el clima es mejor que en Madrid y al tener piscina se refresca más que si estuviera allí. Todo esto le dice el médico que le va muy bien para el reuma.

Guillermo

Guillermo tiene 76 años. Es un hombre alto y delgado, tiene el pelo gris, bigote, y siempre lleva corbata.

Es muy sencillo, y muy callado, casi siempre prefiere escuchar en vez de hablar, a veces incluso parece que no está, pero nada más lejos de la realidad, está pendiente de lo que dice todo el mundo.

Guillermo trabajó siempre en un taller mecánico, arreglando las chapas de los coches, y como consecuencia del ruido tan alto, su oído ha sufrido y ahora a veces hay que levantar un poco la voz para que escuche bien. A pesar de ello tiene una salud envidiable, muchos la querrían para ellos, está hecho un chaval, porque se cuida mucho. Y en eso tiene que ver bastante Margarita, su mujer, que se preocupa siempre de que se alimente bien, y no haga excesos. Así que en cuanto puede, da paseos caminando, y va muy rápido, es difícil seguir su ritmo, y él no se cansa nada, y dice que prefiere caminar, que el autobús tarda mucho, que no merece la pena esperarlo. Él hace la compra, va de acá para allá, arregla cosas de la casa, hace lo que haga falta; lo único que no recuerdo haberle visto hacer es cocinar.

Una de las aficiones de Guillermo son las películas, le encantan las del oeste, y en general las de acción, las que tengan mucha acción, como las de guerra por ejemplo.

Durante la semana Margarita y Guillermo hacen una vida muy tranquila, pero durante el fin de semana no aparecen por casa, siempre tienen algo que hacer, se van a comer o cenar fuera, a pasear, y también van mucho al cine. Se podría pensar que es lógico lo del cine porque a Guillermo le encantan las películas, pero la realidad es que prácticamente en todas las películas se queda dormido, así que quien elige la película es Margarita que es quien la ve entera.

También le gusta mucho ir de viaje, y sobre todo cuando tenía su coche, con el que probablemente haya recorrido gran parte de España. Al final tuvieron que jubilarlo porque las piezas que se le rompían ya no las fabricaban de lo viejo que era. Ahora se tiene que conformar con el autobús o el tren, pero va a todos lados, por supuesto con Margarita. El último viaje del que me acuerdo fue a Portugal, aunque lo pasaron un poco mal porque no se entendían con el idioma, así que han decidido que los viajes próximos serán por España.

Guillermo tiene 4 nietos, y desde que eran pequeñitos le ha gustado jugar con ellos, “sacarles” caramelos de las orejas, hacerles bromas, y contarles historias. Yo, que soy una de sus nietas, estoy muy orgullosa de mi abuelo, que es una de las personas mayores más jóvenes que conozco.

La abuela

Cuando leí en la página de la asignatura que nuestra primera redacción sería sobre una persona mayor que conociéramos bien me puse a pensar sobre lo que sabía sobre mis abuelos y me di cuenta de que en realidad no sé mucho sobre ellos, y siempre me parecieron personas cercanas a mí. Mis abuelos paternos son los únicos que todavía viven, mi abuela materna se murió hace cuatro años y mi abuelo materno falleció cuando yo tenía un año.

La madre de mi padre se llama Luz Divina, nació en A Legúa, un pequeño pueblo situado en la línea imaginaria que separa Lugo de El Bierzo, el 31 de diciembre de 1928, tiene 76 años. Siendo muy pequeña se quedó huérfana de madre, pero su padre se volvió a casar y tuvo seis hijos más, aunque ella es hija única.

La familia era bastante humilde por lo que sólo pudo ir a la escuela para aprender a leer, escribir, sumar,...y después ya se quedó a trabajar en casa y en el campo, siempre me cuenta las tardes que se pasaba de joven sentada en algún prado, mirando para los animales.

En una feria en un pueblo cercano conoció a mi abuelo, se casaron al poco tiempo, en el mes de febrero del año 1949. Al casarse se fueron a vivir a casa de los padres de mi abuelo, situada en un pueblo llamado Noceda, allí nació mi padre, el 25 de diciembre de ese mismo año.

Mi abuelo trabajaba como capataz de obras públicas, así que cuando consiguieron reunir algo de dinero se hicieron una casa en otro pueblo cercano, en este nuevo lugar nació mi tío, el 24 de agosto de 1956. En este mismo lugar es en el que siguen viviendo, pero ahora la casa es otra distinta, y la casa vieja es en la actualidad un mesón, pero antes fue una cuadra para conejos, un horno de pan y una despensa para que madurasen los quesos que hacía mi abuela.

Mientras mi padre y mi tío fueron pequeños se preocupó de que pudieran ir a la escuela, al instituto a Lugo y después a la universidad, nunca le importó hacer cualquier esfuerzo para que sus hijos tuvieran la formación a la que ella nunca pudo optar. Incluso yo la recuerdo animándome para que estudiara, aunque no le gustó mucho la idea de que hiciera agrónomos, siempre me dice que ella ya estuvo en el campo por las dos y si alguien le pregunta qué estudia su nieta ella responde que una ingeniería.

Mis abuelos se tienen un cariño gritón, siempre se están riñendo, que si uno no se acuerda de las cosas, que si la otra es una histérica, que si la pastilla...Mi abuela es la que está más pendiente, está mucho más ágil que mi abuelo, a pesar de que normalmente dice que está mala, pero en realidad está perdiendo unos cariños.

Los olores, sabores e imágenes que más recuerdo de mi infancia son junto a mi abuela, ella me cuidó durante una temporada cuando era un bebé, y después fue ella quien me enseñó a hacer queso, a ordeñar una vaca, a

amasar el pan y a olerlo recién horneado, a hacer jabón...Por eso la escogí para contar esta breve historia, ella me descubrió la naturaleza, la realidad del campo y la lengua gallega, me mostró una cultura que no se aprende en ningún otro sitio.

La vida de mi abuela es tranquila, gira en torno a los horarios de los animales, de la huerta y de la comida, de vez en cuando cambia de aires y se pasa una temporada en Lugo, pero al final siempre encuentra cualquier disculpa para volverse a Ferreiras. Aunque no haya hecho nada asombroso y espectacular ella es una de las múltiples personas anónimas que pueblan el mundo y de las que todavía podemos aprender mucho...

Rosa Català Nogales

por Carolina Baños Jardí

He escogido a mi abuela Rosa porque aunque hace poco que murió, tengo muchos buenos recuerdos de ella y la tengo muy presente en mi vida. Un motivo por el cual también la he escogido es porque ha sido la última de mis abuelos en morir.

Mi abuela Rosa murió en abril del año pasado, pronto hará un año, a la edad de 92 años con las facultades mentales intactas pero sus facultades físicas un poco tocadas ya que el cuerpo, a estas edades –como decía ella– ‘cuando no es una cosa, es otra’.

Físicamente mi abuela era una mujer bajita; en los últimos años le había salido un poco de joroba, no mucha pero se le notaba.

Me gustaba escucharla y creo que también a las personas mayores se las debe escuchar.

Una característica que destaco de ella es que siempre sufría por los demás, sobre todo por sus nietos y bisnietos. Mi abuela llegó a ver a sus bisnietos, pero creo que tal como ha evolucionado la sociedad yo no podré ver a los míos.

Concluyendo, a mi abuela siempre la recordaré no físicamente con sus arrugas que salen con la edad, sino que recordaré su bondad, sus historias, los buenos momentos vividos con ella...

Francisca Tejada Contreras

*Pienso que es una persona digna de admiración
y con una vitalidad increíble.*

Mi abuela es de Granada y ha vivido allí la mayor parte de su vida; allí se casó y tuvo cuatro hijos que crió sola porque a su marido no le tocó otra que irse a trabajar fuera para poder mantener a su familia (recorrió media España y media Europa trabajando) ya que sus medios económicos eran muy escasos. Admiro su gran valentía y su gran fuerza de voluntad ya que criar a esos cuatro hijos debió ser muy duro para ella; era ama de casa pero tampoco podía hacer mucho más porque vivía exclusivamente por sus hijos, para que a ellos no les faltase nunca de nada (podía dejar de comer ella, para que sus hijos tuvieran un dulce). Hay que decir que no estaba en su mejor momento pero, aún así, ella era feliz, nunca se le quitó la sonrisa de la boca.

En fin, pasó muchas penurias junto a mi abuelo (al cual no le quito mérito ya que también es muy duro separarse de su familia durante largas temporadas) hasta que sus hijos se casaron y se independizaron. Fue entonces cuando mis abuelos pudieron disfrutar como querían de la vida: todos estaban bien, viajaban a menudo, iban a bailar,... en unos años recuperaron el tiempo perdido. Lástima que disfrutasen poco tiempo, sólo unos años ya que mi abuelo enfermó de cáncer y falleció al cabo de tres meses. Fue entonces, cuando todos vimos lo mucho que se querían los dos; ella no se separó de él ni un solo minuto. Quería estar a su lado y animarle para que él olvidara por segundos su enfermedad y para hacerle feliz en todo momento; quería estar ahí para que lo primero que viese mi abuelo cada día al despertar fuera a ella y la mirase como a ella tanto le gustaba... simplemente quería estar ahí.

Falleció mi abuelo y parece que a ella también se le apagó la luz pero debía seguir adelante porque tenía unos hijos y unas nietas que la querían con locura y la necesitaban. Tenía la pena por dentro, pero por fuera siempre ha estado ahí para echar una mano a todo quien la necesitase y para animar a aquél que viese un poco bajo de ánimos. Todo ello le pasó factura en su salud. Siempre había estado algo delicada porque tenía diabetes pero, desde la muerte de mi abuelo, su salud ha empeorado muchísimo con problemas en el corazón y en la respiración. Cada año tenemos como mínimo un susto y hemos tenido que salir corriendo al hospital, incluso ha habido tres veces en los que los médicos no le han dado esperanza alguna de sobrevivir pero ella siempre ha conseguido salir adelante gracias a su fuerza de voluntad y a sus ganas de vivir.

En la actualidad ella sigue con sus achaques y con sus problemillas de salud pero siempre saca fuerzas de donde no hay para hacer todo lo

posible en la casa y ayudar en gran medida a mi tía (donde vive junto a ella, mi tío y mi prima). Ella no para, siempre está haciendo cosas; pocas veces está sentada, cuando no cocina, limpia la casa, friega los platos o cose la ropa. Es una mujer que desprende vitalidad allá donde va.

Ha criado desde siempre a mi prima, la cual la quiere con locura (al igual que todos), pero no desmerece a ninguna de sus nietas ni a ninguno de su familia; trata a sus yernos como si fueran sus hijos y hace de mediadora cuando surge algún problema familiar. En definitiva, es el alma de la familia, el lazo que nos une a todos.

Como ya he dicho antes, es una persona que vive por y para los demás. Es una mujer muy modesta y humilde pero la verdad es que se merece todo porque nunca ha pensado en sí misma. Siempre tiene detalles para todos nosotros; por ejemplo, no hay día que vaya a verla que no me tenga mi arroz con leche preparado (es el mejor que he probado y sabe que me encanta) y no hay lunes que no lleve a mi madre su comida porque sabe que trabaja y que no tiene mucho tiempo para cocinar, hay que decir que es una gran cocinera... Estos detalles son los que la hacen grande, detalles que se hacen con el corazón sin esperar nada a cambio.

Además, hay que remarcar que, aunque sea una mujer mayor, se conserva muy bien para su edad y que siempre ha sido y sigue siendo guapísima (para mí la anciana más bella del mundo junto con mi abuela paterna). Tiene unos ojazos azules que te dejan prendado cada vez que la miras y una sonrisa que desprende alegría por todos los costados.



En definitiva, es una mujer muy bella, tanto por dentro como por fuera.

Aquí tenéis una foto para que todos la conozcáis, os aseguro que se lo merece.

Antonio, el tren expreso

por Ana Zapata Molina

*La persona que he escogido es mi abuelo Antonio, tiene 80 años
y el motivo de mi elección ha sido el amor que siento hacia él.*

*Para mi es un modelo a seguir,
él es lucha, esfuerzo, energía, vitalidad e ilusión.
Me gustaría llegar a saber envejecer como él.*

Antonio nació en Triana, un conocido barrio de Sevilla. Siempre fue un niño inquieto, despierto. Se le daban muy bien las matemáticas aunque también era amante de la literatura. Llegó a trabajar de asesor financiero en su ciudad pero los problemas económicos que vivía hace 40 años Andalucía lo llevaron hacia tierras catalanas. Hoy Antonio tiene 80 años, es un hombre de complexión fuerte, mide casi un metro ochenta y parece conservar aún toda la vitalidad que llevaba dentro cuando era niño. Sólo sus manos, rugosas por el trabajo y los años, dan la sensación que han visto el paso del tiempo. Conserva algo de pelo polvoriento, grisáceo. Su rostro queda ya muy cubierto por sanas arrugas. El color moreno de su tez sigue dorado por el sol andaluz. Antonio tiene una frente brillante, casi aceitosa, de esas que cuando uno ve le entran ganas de tocar, a veces creo que brilla porque su mente desprende destellos de sabiduría.

Apasionado por las matemáticas aunque no más que por sus nietos, les enseñó los conceptos básicos de la geometría y la aritmética. Cuando eran pequeños los medía semanalmente en las baldosas de la cocina, cada una hacía 20 cm. Sus nietos se encargaban después de multiplicarlas y esperaban ansiosos a que llegara la semana siguiente para ver cuanto habían crecido. De igual modo, les enseñó a ahorrar proponiéndoles un reto: tenían que llenar una botella de agua vacía con monedas de cien pesetas, hasta que el recipiente no estuviera lleno no podrían sacar el dinero. Con esas pequeñas cosas Antonio siempre ha tenido el don de alimentar la ilusión de todo aquél que le rodea.

Otra de sus facetas es la de cómico. Tiene una cara muy expresiva, labios gruesos, una pronunciada nariz y unos ojos muy saltones. Antonio es capaz de imitar a alguien irritado y de repente transformarse en un cantante o en un borracho simpático. Sabía qué hacer en cada momento para ver a los suyos sonreír.

Es un gran aficionado a los autodefinidos, al fútbol y sobre todo a la lectura. Con los pasatiempos logra entretenerse, cubrir horas estáticas de domingo. Con el fútbol se exalta, se emociona demasiado, si algo le parece injusto no esconde su ira, la poca que tiene se transforma en un calor rojizo que invade todo su rostro y en este estado Antonio es incontrolable: puede gritar, llorar e incluso insultar. En cambio, con la lectura alcanza la calma, el sosiego, la paz. Su poema preferido es el "Tren Expreso" de Ramón de Campoamor, sabe cada verso de memoria a pesar de que el poema tiene

unas 22 estrofas, divididas en tres cantos. La historia trata de un amor a primera vista entre un español y una francesa. Aún parece que escucho el susurro de los primeros versos: *“Habiéndome robado el albedrío un amor tan infausto como el mío...”*. Y los escucho porque Antonio es mi abuelo, quien ha motivado mis ilusiones para hacer que llegaran a ser una realidad. Cada vez que siento melancolía por aquella época él me lee Campoamor, me abraza y me tranquiliza.

Parodia de mis viejos queridos

por Eugènia Agut Busquet

“Son las cuatro de la noche. Estamos todos durmiendo. Todos menos uno, el más viejo de la familia. La abuela Roser ya está acostumbrada y no sufre. El abuelo va a remolque de su elefante mecánico. Colmillos al aire, enfocando al cielo estrellado. Está sentado cómodamente sobre ellos, lleva la escopeta en la mano y hace unos ojos como un búho, vigilando cualquier cosa que se mueva a su alrededor. Quizás matará un cerdo, no un lechón ni un corzo... Cuando vuelva, si ha tenido suerte, los nietos miraremos como despellejan el cerdo. La abuela Roser tendrá faena toda la semana. Hará guisos y butifarras. Invitará a los Busquet. El abuelo Josep volverá cargado de truchas y la abuela Montse pensará “¡Oh, no! ¡Más truchas!”. Yo le pregunto al abuelo Josep que qué habrá para comer y él contesta entre dientes, intentando que no le caiga la ramilla de tomillo de los labios, que habrá cola de gato negro. La Tía Maria llegará con el “auto”. Aunque fue de las primeras mujeres de Terrassa en sacarse el carné de conducir, no se ha despeñado por el camino. Mientras comemos, la abuela Montse hará la sirena* y reirá, la abuela Roser contará chistes, el abuelo Joan hablará de marketing, la Tía Maria explicará los documentales que ha visto y los viajes que ha hecho, el abuelo Josep se dará cuenta de que las truchas tienen un gusto raro, porqué al sacarlas del río, las ha puesto encima de una mata de abrotano. Y los nietos estaremos felices, deseando que estos tiempos no se acaben nunca. El primer viernes de curso contaremos el verano a Tresi y dirá “¡Mira, mira! ¡Ay si me saco la alpargata...!”

Estos son nuestros abuelos, los últimos testimonios vivos de la Guerra Civil. Ellos la vivieron sin filtros, de primera mano. Sintieron los gritos y los tiros, el miedo y el hambre... Construyeron sus recuerdos de infancia con muñecas de trapo y con pelotas de ropa. Son geniales. A todos ellos les dedico esta historia y les doy las gracias por lo que nos han enseñado.

* Cuando mi abuela era pequeña, los compañeros de clase le decían: “Piqué! Fes la sirena!” (¡Piqué! ¡Haz la sirena!) y como ella imitaba muy bien la sirena de los bomberos hacía “nioooo nioooo” y todos se reían mucho. Ahora, cuando está triste, si le pides que haga la sirena se pone muy contenta, ¡jijla hace y luego ríe!!! =D

La edad de oro

La protagonista de esta historia no es nadie más que una mujer, que a pesar de no habérsele reconocido sus logros y hazañas y no tener referencias, ha conseguido muchas cosas a lo largo de su vida.

Mi abuela paterna se llama Rosa Jaramillo. Su edad no se puede responder con exactitud, ya que desde los 79 años para ella no ha pasado el tiempo y siempre, año tras año, tiene la misma edad, aunque calculamos que ronda los 85. Nació en un pueblo de Badajoz, en una familia compuesta por seis hermanos. Desde bien pequeña tuvo que trabajar para colaborar en la economía familiar así es que, como muchas personas de su edad, no tuvo ninguna oportunidad de estudiar, puesto que a penas tenía oportunidad para subsistir. Empezó trabajando con su padre, mi bisabuelo, que era alfarero. Cuando tenía la edad suficiente como para ser mínimamente independiente a los ojos de éste, se marchó a la capital, a Badajoz, para trabajar sirviendo en una casa. Desde nuestra posición no llegamos a imaginar por lo que pasó al separarse de todo lo que conocía y quería y enfrentarse sola a un nuevo lugar con nuevas personas, y por supuesto nuevos problemas.

Allí donde conoció a Manuel, el que después llegó a ser su marido. Pero lo que podría ser una bonita historia de amor, no fue más que la continuación de una vida nada fácil. La vida al lado de mi abuelo fue bastante dura, tenía que seguir trabajando, vendiendo pipas, agua..., y combinar esta tarea con su responsabilidad de madre y esposa. A los cuatro años de casada ya tenía cuatro hijos. Llegado este punto, se asustó puesto que la economía de la familia era muy mala, así es que se marchó de nuevo con sus padres. Pero éstos no le brindaron el apoyo que ella hubiese deseado, ya que su madre le dijo que ya era una mujer casada y la envió de nuevo con su marido. Llegó a tener hasta 17 hijos, de los cuales solo sobrevivieron 9. Los demás fueron muriendo de enfermedad, unos al nacer y otros incluso más mayores, a los 12 años.

Mientras tanto mi abuela seguía trabajando incansablemente, y mi abuelo se recuperaba de un accidente que no le permitió trabajar desde los 45 años, además de caer en el alcoholismo. Así es que mi abuela, con todo el coraje que había acumulado de tantos años, se convirtió en la matriarca de la familia, con todo logró mantener a todos sus hijos y cuidar de su marido excelentemente.

En resumen y para concluir, se puede considerar a mi abuela toda una campeona, que no se asustó ante los problemas que se le venían encima. Aún ahora, que ya es viuda, su fuente de energía no se ha agotado y está criando a un nieto con ella, y se ha ganado el cariño y respeto de todos sus hijos y nietos.

Algo que se puede aprender de esta historia, es que a pesar de que el futuro se puede ver muy negro, la vida continúa y te recompensa a su tiempo debido.

Mi 'yayu' Paco

por Estefanía de la Torre Villaescusa

Para sus vecinos y amigos el señor Paco es una persona amable, generoso, afectuoso, dispuesto a ayudar siempre a los demás y que "está muy bien para la edad que tiene". Para mi es mucho más que eso. Desde bien pequeña descubrí que mi relación con mi abuelo era algo poco común. En mi familia todos le quieren y él quiere a todos, pero entre nosotros dos hay algo más que un vínculo meramente familiar. Yo le admiro por todo lo que ha sido y lo que es y él se siente orgulloso de todo lo que yo pueda llegar a ser.

Muchas veces he pensado que quizás tenga algo idolatrado a mi abuelo, como cuando de pequeña me castigaban a mi habitación por alguna travesura y yo, contra la pared y entre sollozos, le llamaba: "¡yayuuuu, yayuuu...!" como si se tratara del mismísimo Superman que iba a venir a rescatarme de mis tremendos males.

Con el tiempo entendí que toda esa admiración que yo le profesaba se la había ganado por méritos propios...

Él es quien me vestía tapándome bien los riñones para que no cogiera frío. Él es quien me enseñó a ponerme mi bufanda rosa del Snoopy. Quién me llevaba en brazos con más de 2 años cumplidos. Él me enseñó algunos de los valores que no se enseñan en la escuela. Él es quien me contaba anécdotas de su infancia en forma de cuentos antes de irme a dormir...

Ahora que los dos hemos crecido él es mi confidente y a la vez mi confesor, él es el hombro sobre el que llorar y el amigo con el que reír...porque mi felicidad es su alegría y su alegría mi felicidad.

Él es un adulto de 40 años encerrado en un cuerpo de anciano. A sus 85 años es una persona totalmente autosuficiente, fuerte, capaz de hacer muchas cosas. Le encanta explicar historias de cuando era joven y tiene una memoria asombrosa para su edad. Él se siente feliz sólo con saber que confió en él y que sus consejos me ayudan. Es una persona entusiasta, y aunque él sepa que día a día le quedan menos cosas por vivir, disfruta viendo cumplidas las ilusiones de los suyos.

Él es lo que yo quiero llegar a ser...

Mi abuela Rosario

por Noemí Obregón Gutiérrez

La persona que he escogido para hablar, es mi abuela, no solo porque es una persona mayor muy cercana, sino también porque es una de las personas que más admiro.



Se llama Rosario y en abril cumplirá 81 años. Es una persona totalmente independiente y sana. Cada día se levanta a la 7.00 de la mañana y no para de hacer cosas durante todo el día. Sigue cuidando de sus hijas, y de sus nietos con la misma persistencia que años atrás, y yo espero que por muchos años...Le gusta leer, escribir, hacer sopas de letras y ahora se ha añadido a sus hobbies ver películas en DVD.(le regalamos un reproductor por navidad)

Nació en Santoña, Cantabria, su padre era pastelero. Recuerda una infancia feliz aunque corta. Su familia eran militantes socialistas, por lo que al comenzar la Guerra Civil, tuvieron que irse a vivir a Madrid.

Durante la guerra perdió a su padre, y encarcelaron a alguno de su hermanos, además su madre enfermó y murió...sus vidas se complicaron, hasta tal punto, que ella y uno de sus hermanos, fueron embarcados en la colonias con destino a Rusia de *los niños de la Guerra*. Pero el destino hizo que se quedara en Murcia por un problema burocrático, a su hermano le faltaba un papel y ella se abrazó a él diciendo que no querían que los separasen. Les adoptó una familia "*nacional*" y con ellos paso otra gran parte de su infancia. De ahí que mi abuela mantenga la creencia firme de que, en esa España dividida, en ambos bandos, había gente buena y mala. En el colegio aprendió que le gustaba la poesía, afición que todavía conserva, y siempre explica que su profesora la llamaba "*la pequeña rojita*" porque era una entusiasta defensora de las ideas comunistas.



Cuando fue mayor volvió a Cantabria, a vivir a casa de un hermano. En esta época conoció a mi abuelo, en un baile, mi abuelo siempre decía que, cuando vio a mi abuela entrar, dijo "*con esta chica yo me caso*". Y así fue. Se casaron y tuvieron tres hijas. A pesar de la posguerra y de que mi abuelo era obrero siempre presume que "*no les faltó de nada para criar y dar una educación universitaria a sus tres hijas*".

La vida en los últimos años tampoco ha sido fácil, mas pérdidas y enfermedades en personas muy queridas a las que enfrentarse. La época mas dura fue la enfermedad y muerte de mi abuelo, el murió de un cáncer en la cama, entre los brazos de mi abuela. Murió hace ya 10 años, pero mi abuela hace que parezca que vive a través de ella, siempre lo recuerda con cariño, *“esto le gustaría a tu abuelo, o tu abuelo pensaría tal cosa...”* es como si se hubieran convertido en una sola persona.

Cuando le preguntas sobre como es vivir 80 años, ser testigo de tantos cambios, no solo los físicos propios, sino también de ver como el mundo se transforma.... Ella explica que parece que todo ha pasado muy rápido, pero lo que más le llama la atención sobre el paso del tiempo, es que al mirarse al espejo se da cuenta del brillo que han perdido sus ojos...

He dicho que era la persona que mas admiro, pero no he dicho por qué. Admiró su valentía y su capacidad de sobreponerse a la adversidad y seguir adelante, y sobre todo que por triste que pueda parecer su pasado, ella siempre trasmite que las cosas buenas que da la vida hace que valga la pena ser vivida.

Los abuelos Capilla y Proví

por *Cristina Gasparín Cañada*

Son los padres del padre de mi pareja y viven en Sant Carles de la Ràpita (Tarragona). El abuelo se llama Josep, pero la familia lo conoce como “abuelo Capilla”, es campesino, desde pequeño que trabaja en el campo, pero ahora está jubilado pero sigue yendo cada día al huerto, NUNCA DEJA DE TRABAJAR. Cultiva arroz al “Delta de l’Ebre” y aceite de oliva en la sierra del “Montsià”, a parte tiene un huerto dónde cultiva verduras y árboles frutales.

La abuela se llama Providencia, pero la familia la llama “abuela Proví,” su trabajo de siempre ha sido el de bordadora, según la gente del pueblo es la mejor. Cada año en las fiestas mayores del pueblo borda las bandas de las “pubillas” y las damas de las fiestas y a parte toda la familia “ahora me toca a mí”, tiene todas las sabanas y las toallas bordados con nuestras iniciales.

Desde que los conozco nunca se separan, van juntos a todas partes y la estampa típica que me recuerda a ellos es el balcón de su casa tomando el solecito de la tarde con dos sillitas y saludando a la gente que pasa por la calle. Viendo juntos como pasan los días.

¹ Pubillas y reinas: son las representantes de cada peña del pueblo y se visten de gala. Y van a todos los actos de las fiestas. El vestido típico de las pubillas es el de catalana y son niñas entre 9 y 16 años. El de las damas es un vestido de gala, normalmente se parece al de una novia y son chicas entre los 17- 22 años.

Mi 'iaia': Emilia Álvarez

Cuando a uno se le pregunta por una persona mayor a la que conozca bien enseguida se da cuenta que su repertorio es restringido. Me imagino que la mayoría de nosotros vemos en nuestros abuelos la representación de la vejez. Por eso he decidido describirla a ella.

Nunca le ha gustado el término “abuela” porque le hace verse mayor. Así que a ninguno de sus 19 nietos se nos ha ocurrido jamás llamarla así. Pese a no hablar absolutamente nada de catalán, o quizás gracias a ello, se la convenció en su día de que llamarla “iaia” no le hacía parecer tan mayor... A sus 83 años todavía refunfuña cuando algún simpático desconocedor de “la norma” sugiere que “la abuela” haga tal o cual cosa. Los demás, los que no son de la familia, la llaman Emilia.

Pelo corto y rojizo. Mide poco más de metro y medio de estatura y calza un 34. Siete embarazos le han dejado la señal de una barriga prominente desproporcionada con la fragilidad del resto de su cuerpo. Podría parecer una imagen caricaturesca y ciertamente lo es. Pero ella lo sabe.

— ¡*Réite, réite* de mi cuerpo de vieja... que tu llevas mi sangre... igual terminarás!

Mi *iaia* nunca ha sido una abuela tradicional. Nunca me ha comprado caramelos ni me ha preparado postres, ni me ha apretado las mejillas ni me ha dado besos sonoros... Emilia ha sido siempre una mujer independiente, de gran carácter, más bien fría. Aunque hace quince años que vive en mi casa siempre se ha valido por ella misma, todavía hoy.

Pero quizás la fortaleza de su personalidad es la que le ha dado autoridad para aconsejar a los demás. De ninguna manera mi abuela ha dejado que sus opiniones hayan sido arrinconadas. Ella me ha enseñado que la experiencia es una de las mayores fuentes de la sabiduría. La doctrina del “perro viejo”. Por ello, no me tomo a broma sus consejos tan sorprendentemente bien aconsejados...

Creo que ella es diferente a muchos de su generación. Nunca ha tenido reparos en hablar de cualquier tema con nosotros. Encantada de responder a cualquier pregunta referente a su vida, incluso si tiene que ver con el sexo o el amor.

Es diferente porque no tiene aficiones de una mujer de 83 años. Lleva toda la vida sin fallar a su quiniela ni una sola semana. Conoce todos los equipos de fútbol a la perfección, sus jugadores y sus campos. Aunque nunca ha conseguido “enganchar una de catorce” lo cierto es que acierta mucho más de lo que cualquiera podría imaginarse.

Siempre dice que si ganase la quiniela invitaría a toda la familia a una comida de “cinco tenedores” para poder vernos a todos juntos. Lo cierto es que ella es el centro neurálgico de la familia y uno de sus mayores temores es que cuando ella falte la familia se disgregue.

María de las Nieves

La persona que he elegido para describir es mi abuela por parte de madre. Se llama María de las Nieves, tiene 85 años, nació en Plasencia y es mi madrina. Es madre de tres hijos, dos mujeres y un varón. Vive con mi tío, que es todo alegría y no se ríe con nadie como con él. Aunque debería salir más de casa, a veces se da una vuelta aprovechando que va al mercado a salir a comprar o llevar algo a arreglar.

Primero os la voy a describir físicamente: no es muy alta, y además anda un poco agachada, es morena de pelo, aunque esconde sus canas con tinte porque es muy presumida, y tiene unos ojos pequeños de color negro.

Me llevo genial con ella, quizás sea porque pensamos, actuamos y vemos la vida de manera totalmente diferente. Estas diferencias están motivadas por la evidente diferencia de edad y por las distintas épocas que nos ha tocado vivir. Por ser tan distintos precisamente, me encanta ir a su casa a comer todos los domingos, ya que es una estupenda cocinera, y hablamos de las cosas cotidianas, como el fútbol (es una acérrima seguidora del Atlético de Madrid), y me cuente lo bueno que es Fernando Torres y lo bien que me quedaría su peinado. Pero también me cuenta la suerte que tengo de haber nacido en estos tiempos, y no cuando Ella era joven, en los que la guerra destrozó muchas vidas. Le gusta que le cuente lo que aprendo y estudio en la Facultad y siempre me dice que estudie mucho pero de lo que nunca me pregunte es por chicas o alguna novia porque parece un tema que le asusta.

Es una persona muy tradicional, religiosa, y bastante cabezona ya que no deja en ningún momento que nadie le aconseje sobre lo que tiene que hacer. Tiene algunos problemas de salud pero el que más le incomoda es cuando se le hinchan los pies, simplemente porque no puede ir a misa. En ese sentido es una persona quizás demasiado autoritaria ya que una cosa es que no acepte que la digan lo que tiene que hacer, y otra cosa es que no acepte ninguna crítica o recomendación de tipo médico o de algún aspecto similar.

Los sábados nos reunimos en su casa a la hora de la cena, y ella no para de sacar cosas de picar, para abstraerse de los temas que no le apetece hablar como la política o la religión. Luego se sienta en su mecedora y escucha hasta que llega un momento en que explota dice o que piensa y se vuelve a callar.

Su sueño es tener una foto de mi graduación en su estantería del salón, para ponerla junto a la de mi hermana y mi prima. Siempre me dice que le gusta mucho que la vaya a ver algún lunes o martes, y me presente allí por sorpresa. Y a mí, la verdad, no hay nada que me guste más que verla reírse con mis historias, aunque para su desdicha nunca llegue a ser Fernando Torres.

Mi abuela materna

por *Núria Riera Benet*

Mi abuela materna, Margarita, es una mujer fuerte, moderna, afectuosa. Tiene 78 años y nació en un pueblo cerca de Vic, donde vivió hasta que se casó con Josep, mi abuelo. Recuerdo de pequeña cuando me contaban la historia de como se conocieron en los bailes de la fiesta Mayor, y que mi abuelo era un gran bailarín (y aún le encanta!). Me contaban toda la historia de pequeña, tardes que pasaba con ellos. Al casarse, mi abuela se fue a vivir al pueblo de mi abuelo, cerca del suyo, donde tuvieron 2 hijos. Al nacer yo, viví un tiempo ahí, hasta que tuve un año o dos. Desde pequeña, mi abuela era mi referente, con ella me sentía protegida, recuerdo épocas en las que solo quería irme a vivir con ella, por eso en verano, me quedaba algunos días en su casa. Nos pasábamos horas hablando, jugando; ellos tenían una tienda y todas las horas que podían las pasaban conmigo ya que hasta el momento era su única nieta. Dormíamos juntas y al despertarme, me hacía chocolate caliente con coca. Paseábamos, la ayudaba en la tienda y con la comida, y por la tarde, siempre le pedía buscar juguetes de mi madre y mi tío. Recuerdo que siempre estaba dibujando, y ella me decía que de pequeña era igual. Me cantaba canciones que recordaba y historias de su niñez. Margarita es una mujer decidida, le encanta ir a pasear, leer, ha hecho cursos de inglés, de dibujo, de informática... y siempre me cuenta novedades. También le gusta mucho el tema de la medicina, y siempre que puede se lee libros. Creo que, al menos para mí, es un ejemplo de mujer, desde siempre me ha escuchado y dado su opinión de diversos aspectos. Además, se cuida muchísimo e intenta llevar la vejez de la mayor manera posible. A pesar de vivir en pueblos distintos y la falta de tiempo, aun ahora la llamo y le cuento cosas de los estudios, trabajo...y me paso horas hablando con ella. Hasta el momento, en comidas familiares mi lugar es a su lado, siempre nos sentamos juntas, como de costumbre. Para mí, ella junto a mis otros abuelos, también son los mejores del mundo!! :)

Una vecina, ¿o quizá algo más?

Supongo que la mayoría de los relatos están basados en los abuelos que cada uno tenga pero, en mi caso, apenas tengo recuerdos de ellos. Sin embargo, sí que hay una persona a la que considero muy especial: La señora Leo.

Esta mujer siempre ha sido mayor y, a pesar de su edad, vivía sola en su casa y llevaba una vida completamente normal. Ella era capaz de lavar su propia ropa, hacerse de comer, bajar al médico y mantener su casa limpia. No obstante, a pesar de que vivía sola, muy a menudo venían a visitarla sus hijos y nietos, cosa que la hacía inmensamente feliz.

Recuerdo que siendo unos críos, en el barrio la teníamos cierto miedo porque, se puede decir, era la persona de más edad que veíamos habitualmente y, como es normal en los niños, solíamos reírnos, entre nosotros, de ella, pero, delante suya la temíamos porque pensábamos que podía ser una bruja. Sin embargo, gracias a que nuestros padres sí que la respetaban y nos la hacían respetar, el miedo inicial se fue borrando poco a poco. De esta forma es como llegamos a conocerla, demostrándonos a los chicos que no había que juzgar a la gente ni por su edad, ni por su apariencia sino, simplemente, por lo que son. A este detalle contribuyó que, un día, se nos coló en su casa la pelota con la que solíamos jugar en el patio y rompimos una de sus macetas. Ella al ver esto nos pinchó la pelota y nos quedamos indignados. No obstante, al día siguiente mientras jugábamos, ya que siendo un niño no necesitas gran cosa para jugar y divertirse, ella venía de la compra con su pesada bolsa y que, a duras penas, conseguía levantar, sacó una pequeña pelota para que jugásemos y no molestásemos tanto. Aquel detalle no lo esperábamos ninguno y, desde aquel momento, pasó a ser nuestra “abuela”. Si la veíamos que iba a la compra, la acompañábamos para llevarla la bolsa, si tenía que bajar la basura, se la tirábamos y, un par de veces, nos subió a su casa a ver dos películas de dibujos con sus nietos.

Desgraciadamente, con 84 años, se le apagó definitivamente la luz dejando entre nosotros una huella que jamás se borrará.

Soledad

No tengo que pensar ni un instante en qué persona escogeré para realizar la descripción. Se trata de mi abuela materna Soledad de 85 años. Le dedico estas líneas por su proximidad y cercanía, por haberme criado y contribuido a mi educación a tiempo completo, por haber sido capaz de darme absolutamente todo y porque a pesar del cariño que siempre he sentido por ella, ahora sí cabe más por llevar, debido a una operación de los ojos, más de un mes viviendo en mi casa.

El haber perdido a su madre a los cinco años fuera de España (EEUU), además de llevar una vida relativamente dura, forjó en ella un carácter melancólico, pesimista y algo desconfiado. Estos caracteres negativos se ven ampliamente recompensados por el cariño y casi devoción que siente por sus nietos, por su implicación en nuestras vidas que hace que cualquier acontecimiento lo viva como propio y por su lealtad y complicidad constantes.

La época más feliz de su vida fue durante nuestra infancia. Ella se ocupó de cuidarnos, alimentarnos, vestirnos, sacarnos de paseo... ejerciendo de perfecta segunda madre. Todo esto ya lo hizo en su día con sus propios hijos, pero el gozar de ese papel “maleducador” de los abuelos, dándonos muchos caprichos, guardando nuestros pequeños secretos, contándonos abiertamente sus vivencias de pequeña, enseñándonos su manera de hacer las cosas ... la hacían una persona especial que además de sentirse muy querida por todos, se sabía necesaria y casi imprescindible para el funcionamiento de mi familia en aquellos tiempos.

Ahora se ve aquejada por diversos problemas de salud: paulatina pérdida de vista y de oído, torpeza al andar ... que unidos a su falta de optimismo y posibilidad de hacer todo lo que antes hacía de manera efectiva la llevan a un estado melancólico impropio de su situación real, puesto que no le falta nada y sabe que es igualmente querida y respetada. Creo que este problema de mi abuela, unido a la soledad que sufren muchas personas mayores, es una de las causas de su estado; el no sentirse tan útiles como antes, el pasar de una vida activa de trabajadores sacrificados en la España de hace décadas a otra pasiva y el no tener otra cosa que hacer a diario que esperar que pase un nuevo día por la falta de alicientes o perspectivas futuras.

En cualquier caso, quiero resaltar el cariño, respeto e interés que debemos a todas nuestras personas mayores puesto que somos lo que somos gracias a ellos y aunque sólo sea por avaricia esperando que nuestras acciones presentes repercutan de igual modo en las futuras. Sin olvidar que siendo de manera correcta y saludable, como persigue la asignatura, o de una forma más pobre y despreocupada, la vejez es algo que siempre estará ahí y que no entiende de clases sociales o dinero; es una etapa ineludible de cualquier persona con una vida normal.

Paula Sanz

por *Daniel Aparicio Urbina*

La redacción la haré sobre mi abuela paterna ya que es la persona mayor que mejor conozco, ahora mismo es una anciana de 86 años y que lamentablemente esta en una residencia sin poder disfrutar de su casa y no será porque ella no quiere.

Mi abuela se llama Paula Sanz , como he dicho arriba es una mujer de 86 años y lo primero que me viene a la cabeza al escuchar esa edad es mucha experiencia y todo un pozo de sabiduría , yo de pequeño no fui a la guardería, adivináis quien me crió?????...si efectivamente, estaba fácil, ella, mis recuerdos de esa época evidentemente son nulos, solamente algunos fotogramas grabados en mi mente a modo de álbum de fotos que guardo con cariño y espero mantener por siempre además de las anécdotas que me cuentan mis padres.

Ya de cuando tenía 8-9 años si que tengo recuerdos mas nítidos, definitivamente era un trasto, lo que ha tenido que aguantar la pobre mujer... aunque también mis bofetones me he llevado, aunque en el 90% de las ocasiones muy bien dados.

Siempre me enseñó muchas cosas, recuerdo que iba con ella a un piso de las sierra, menudas excursiones nos pegábamos y menudos bocatas me hacía , de esos que simplemente te saben mejor porque son de tu abuela.

Me hice más mayor y me fui a vivir a las afueras de Madrid y nuestra relación se enfrió un poco aunque de esa manera cada vez que la veía disfrutaba mas aun de ella, sus historias de la guerra civil que yo mismo pedía que me contase relatos de la persona de mi abuelo al cual yo no pude conocer pero gracias a ella y a mi padre es como si lo hubiese hecho.

Bueno hablaré un poco de ella, es una persona chapada a la antigua , pero vamos que siendo de principios de siglo lo veo normal, es una mujer mas bien introvertida y porque no decirlo algo retorcida en ciertas ocasiones , pero nadie es perfecto claro...

Es en general como todas las ancianas de su edad cuando no estaba en la residencia, la gustaba mucho estar en su casa, sus paseos por el casco antiguo de Madrid (menudas caminatas se daba) , su telenovela, su salvado de trigo...

Tiene sus ideas muy claras, es decir es un poco testaruda, tiene un dicho que es uno de sus favoritos "Cada uno es su casa y Dios en la de todos", esto nos respondía en ciertas ocasiones cuando la invitábamos a quedarse una temporada en nuestra casa o ir a algún sitio que no la apetecía mucho.

Hace 2 años algo malo la ocurrió, tuvo una caída en casa y se rompió la cadera, después de operación , prótesis y evidente depresión no hubo más remedio que ingresarla en residencia de ancianos debido a que no se podía valer por si misma y si se quedaba con nosotros no iba a estar lo

suficientemente atendida. Al año de estar allí y cuando parecía que levantaba cabeza otra nueva desgracia: tiene una caída durante las clases de gimnasia para fortalecimiento de la cadera y se rompe la otra, de nuevo a pasar por lo mismo, hospital , operación (con lo delicadas que son en gente de esta edad) y nueva depresión. Actualmente parece que esta bastante bien esta muy cuerda de la cabeza y con unas ganas locas de volver a su casa, ahora no la voy demasiado a ver, fallo mío evidentemente ya que con una persona que me ha dado tanto a cambio de nada debería estar un día si y otro también, aunque evidentemente también se que soy joven y esas cosas pero igualmente...

Sin ir mas lejos la semana pasada estuve con ella, la encontré bastante bien, en su línea, tratándome con ese cariño que siempre me ha tenido y reprochándome mis pocas visitas aunque más en plan guasa que otra cosa. Ah! y por supuesto unas de sus preguntas favoritas , periódica en ineludible , " Que tal los estudios Hijo???" tema muy, muy delicado jejejeje,

Respecto a sus caderas, la izquierda la tiene muy, muy bien, es la ultima operada, de la derecha aun claudica un poco al andar y es la razón por la que todavía lleva andador (gracias a Dios ya que con el estado de ánimo que tenía al principio pensé que nunca saldría de la silla de ruedas) que este así de esa cadera y no esta ya en su casa disfrutando de su vida de siempre hay que agradecerse al primer carnicero , por llamarlo alguna forma, que la opero de la primera rotura en el hospital la Paz de Madrid

Ahora la mujer se entretiene como puede en la residencia, tiene su taller de muñecas , en el cual las enseñan a fabricas muñecas de juguete (tenemos la casa llena jejeje) sigue con su "gimnasia" como ella la llama aunque en realidad es una rehabilitación , sus partidas de cartas , charlas con sus amigas, bingo una vez a la semana, aunque no se aburra que digamos yo sé que sería muchísimo más feliz fuera y de hecho yo confío en que no a muy largo plazo pueda estar fuera y recuperar una parte de mi abuela que las malditas caídas me quitaron.

Me ha venido bastante bien esta "review" suya, por decirlo de alguna manera, la verdad que no me había parado a pensar en todo lo que esta simpática mujer ha hecho por mi. Ahora aun estando donde esta sigue haciendo en la medida de lo posible, es más, mañana mismo iré a verla

.....

Mariano

Mi abuelo Mariano murió hace dos años, cuando tenía 92 años.

Era un hombre de pueblo, sencillo, bueno, honesto y justo. ¡Con qué poco se conformaba! Tenía un talante paciente y tranquilo. Todas estas cualidades hicieron muy fácil la convivencia con él desde que once años antes muriera mi abuela. Ella, viva y despierta, fue siempre la que manejó la casa, la que le decía que tenía que hacer esto o lo otro. Yo creo que le mandaba cosas porque le ponía nerviosa verle tan tranquilo. A pesar de la diferencia de caracteres ambos se querían mucho después de convivir tantos años juntos. Después de la muerte de mi abuela, vivía tres meses al año con cada uno de sus cuatro hijos. Los tres meses que pasaba en mi casa cada año me hicieron posible conocerle más a fondo.

Aunque terco en sus convicciones, era un hombre abierto y tolerante. Con lo que más disfrutaba era con una buena conversación. Le recuerdo en su garaje, con las puertas abiertas de madera, sentado en corro con más amigos, pasando las mañanas y las tardes. Hablaban del tiempo, de las cosechas, de la guerra, de los caminos...¡Qué pena no haber grabado esas conversaciones! Él disfrutaba conversando.

Como muchos hombres de su generación, apenas pudo ir a la escuela. Sin embargo, aprendió sólo a leer y escribir. Solía contarnos que sus primeros ahorros de niño pastor los dedicó a comprarse una cartilla para aprender a leer y escribir. También le gustaban los números. Recuerdo que en su garaje no había papel que no estuviera repleto de cuentas que hacía por diversión.

Un año antes de morir, sufrió algo en el cerebro que le afectó en el lenguaje de un día para otro. Ese último año de vida, lamentablemente, no podía expresar sus pensamientos. Con lo que a él le gustaba hablar, entonces, parecía hacerlo en otro idioma! A pesar de ello, tanto sus hijos como sus nietos, lográbamos entenderle puesto que le conocíamos bien. Aunque en algunos momentos era duro verle así, había momentos en los que todos nos reíamos, él el primero. Empezaba a conectar una palabra con otra en su lenguaje particular, y al final, cada frase la terminaba con una sonrisa o un beso. De hecho, ese último año de vida nos repartió a todos más cariño que nunca.

¡Un beso Abuelo!

Querido Abuelo

por *Elena Vela*

Hace más de 5 años Lydia me pidió que escribiera unas palabras sobre uno de mis abuelos. Aquel día yo elegí a mi abuelo paterno Álvaro, de 86 años, porque estaba muy enfermo y en ese momento pensé que tenía la oportunidad de grabar su recuerdo en un papel. Hoy, después de tres años de su fallecimiento, Lydia vuelve a darme la oportunidad de expresar mis sentimientos más sinceros hacia él.

Mi abuelo se llamaba Álvaro Vela Lagos. Nació en el seno de una familia humilde, en un pueblo situado en el corazón de Castilla-La Mancha. Le tocó vivir todos los momentos duros que conlleva una guerra, incluido el paso por la cárcel.

Durante años, a mi hermana y a mi nos ha contado infinidad de historias, las cuales reflejan el origen de su carácter y su mal genio que combinaba con destellos de humor y sabiduría. Sus experiencias le hacían pensar que siempre tenía la razón y no se tomaba muy bien las opiniones contrarias de los demás.

Siempre le gustó jugar a cartas y al ajedrez en el bar con los amigos e ir al casino. Hasta los últimos días mi abuelo quiso disfrutar de la vida a su manera. Cada día se pasaba horas y horas por las calles y bares del barrio, saludando a amigos, cruzándose con conocidos, jugando con compañeros...

Cuando nos encontrábamos en plena comida familiar siempre tenía alguna frase ingeniosa o cualquier tontería para hacernos reír. Porque detrás de aquel semblante duro se escondía un corazón blando, que en los últimos años fuimos descubriendo.

Como nieta, he tenido que esperar a ser lo suficientemente adulta para entender a mi abuelo y disfrutarlo más si cabe. Cuando eres pequeña te quedas fascinada con las historias y las enseñanzas de una persona que, a los ojos de una “mocosa”, ha vivido en el mundo casi desde los orígenes y lo sabe todo, todo y todo.

Los últimos 4 ó 5 años dejó de salir la calle, cada día estaba más débil, pues la buena vida que había llevado le estaba pasando factura. Debido a su carácter le costó mucho cambiar los paseos diarios por una vida sedentaria y solitaria. Con sus fuerzas se fue su genio y dejó pasó a una persona dulce y risueña. Finalmente llegó la resignación.

Lo que más me sorprendió fue ver cómo el “cuenta cuentos” se convertía en el nuevo espectador de mis conocimientos y cómo le fascinaban los avances de este mundo. La niña aprendiz pasó a ser la mujer maestro, cosa impensable para aquella niña que se despertaba cada día impaciente por escuchar las historias de su abuelo una y otra vez.

Mi abuelo hacía bien en disfrutar la vida tal y cómo él quería, puesto que si así era feliz, ¿Por qué privarle? Quizás no todas las personas cambian tanto como lo hizo mi abuelo, pero él es un claro ejemplo de lo diferente que se ve el mundo con el paso de los años. Podría decirse que es un proceso de “desmaduración”, donde desaparece el valor y vuelven los miedos.

No quería dejar de escribir unas líneas en memoria de la mujer de mi abuelo, mi abuela Amalia, que, un año después de que mi abuelo nos dejara, se marchó para estar a su lado. Ella fue un gran ejemplo a seguir como mujer, como esposa y como madre. Hoy me gusta pensar en todos los consejos que me dio, pues es ahora cuando encuentro su significado y puedo comprender la verdad tan grande que esconde cada uno de ellos.

Mis abuelos están presentes en mi corazón y cada día pienso en ellos, y es que, a pesar de separarnos dos generaciones, cuando recuerdo sus sabias palabras exclamo por dentro: ¡cuánta razón tenían!

Os quiero mucho.

Vuestra nieta, Elena.

Mi abuela

por *Raquel Escrich*

He escogido mi abuela paterna; el motivo de mi elección es porque es la abuela que me cuidó cuando era pequeña ya que mis padres trabajaban todo el día (mi padre) y por las noches (mi madre). He creído que podría ser como un tributo para ella.

Mi abuela creció en un pueblecito de Castellón ("Barracas"), su padre era el alcalde (republicano) del pueblo. Debido a esto, tuvo que huir durante la guerra. Llegó a Barcelona muy jovencita y no sé muy bien qué hizo.

Cuando se casó con mi abuelo montó un bar en el barrio de Sants y desde entonces, ha vivido aquí. Toda su vida la ha dedicado a cuidar de los suyos con mano firme pero con cariño. Siempre (que yo sepa) ha estado a la altura de las circunstancias. A medida que va haciéndose mayor se va adaptando a los nuevos tiempos, pero a su manera. Como abuela, puedo decir que me ha mimado y cuidado, pero nunca de una forma exagerada. Es decir, me ha educado dándole valor a las cosas que tienes y al dinero (no malgastándolo).

Ahora que yo ya tengo cierta edad y que ella cada vez está más "pocha" se deja cuidar más por mí. De hecho, me parece que soy de las pocas personas a las cuales escucha. Tenemos una conexión muy grande. También es cierto, que cada vez es más cabezuda y que cuesta razonar con ella. De siempre que le ha gustado salirse con la suya y hacer las cosas tal como a ella le gustan; debido a esto hemos tenido algún que otro enfrentamiento, pero al final, siempre cedemos las dos y reconocemos (yo al menos) el *mea culpa*.

Creo que mi abuela siempre ha querido aprender cada día. Cuando te mira tiene aquella cara de sabiduría que sólo te proporciona el paso de los años. Ha pasado por momentos muy malos a lo largo de su vida: la guerra, cáncer de mama,... La marca que ha dejado todo esto es un sufrimiento hacia los demás muy elevado, a veces. Procuro, no crear situaciones o no explicar-le determinadas cosas para no hacerla sufrir más de la cuenta.

Ayer mismo estuve comiendo con ella y conseguí hacer yo la comida y recoger la mesa!; todo un logro teniendo en cuenta cómo es ella. Me gustó cuidarla. Es como devolverle de alguna manera todo aquello que ella me dio.

La única vez que la vi débil, anímicamente hablando, fue cuando se murió su hermano, hace cosa de un año. Allí me di cuenta que a pesar de su carácter fuerte, en el fondo, era delicada como una niña pequeña. Me sorprendió tener esta visión, pero a la vez la sentí más próxima.

